HENRY JAMES

EL PUPILO

(The pupil, 1891)

El pobre joven dudaba, sin acabar de decidirse: le suponía un gran esfuerzo abordar el tema de las condiciones económicas, hablarle de dinero a una persona que sólo hablaba de sentimientos y, podíamos decirlo así, de la aristocracia. Sin embargo, no quería considerar cerrado el compromiso e irse sin que se echara en aquella dirección una mirada más convencional, pues apenas dejaba resquicio para ello el modo en que abordaba el asunto la dama afable y corpulenta que se hallaba sentada ante él, jugando con unos sobados *gants de Suède* que oprimía y deslizaba a través de su mano gordezuela y enjoyada, sin cansarse de repetir una y otra vez toda clase de cosas, excepto lo que al joven le hubiera gustado oír. Le hubiera gustado oír la cifra de su salario; pero en el mismo momento en que el joven, con nerviosismo, se disponía a hacer sonar aquella nota, regresó el niño (a quien la señora Moreen había hecho salir de la habitación diciéndole que fuera a por su abanico). El niño volvió sin el abanico, limitándose a decir, como si tal cosa, que no lo encontraba. Mientras dejaba caer aquella confesión cínica, clavó con firmeza la mirada en el aspirante a alcanzar el honor de ocuparse de su educación. Este personaje pensó, con cierta severidad, que la primera cosa que tendría que enseñarle a su pupilo sería cómo debía dirigirse a su madre (especialmente que no debían darse respuestas tan impropias como aquélla).

Cuando la señora Moreen ideó aquel pretexto para deshacerse de la presencia del niño, Pemberton supuso que lo hacía precisamente para tocar el delicado asunto de su remuneración. Pero lo había hecho tan sólo para decir sobre su hijo algunas cosas que a un niño de once años no le convenía escuchar. Elogió a su hijo de manera desorbitada, exceptuando un momento en que, adoptando un aire de familiaridad, bajó la voz y, dándose unos golpecitos en la parte izquierda del tórax, dijo suspirando:

-Y todo lo ensombrece esto ¿sabe? Todo queda a merced de una debilidad.

Pemberton coligió que la debilidad se localizaba en la región del corazón. Sabía que el pobre niño no era robusto: tal era el motivo por el que le había invitado a tratar de aquello, por medio de una señora inglesa, una conocida de Oxford que a la sazón se hallaba en Niza y que casualmente estaba informada tanto de las necesidades de Pemberton como de las de

aquella amable familia norteamericana, que buscaba un tutor altamente cualificado y dispuesto a vivir con ellos.

Su futuro alumno (que aguardaba en la habitación a la que hicieron pasar al visitante, como si quisiera ver por sí mismo cómo era Pemberton en cuanto éste entrara) no le causó al joven la impresión inmediatamente favorable que había dado por supuesta. Por alguna razón Morgan Moreen era enfermizo sin ser delicado, y su aspecto inteligente (cierto es que a Pemberton no le habría hecho gracia que fuera estúpido) sólo reforzaba la posibìlidad de que se tratara de un niño desagradable, del mismo modo que su boca y sus orejas, demasiado grandes, impedían considerarlo agraciado. Pemberton era modesto, era incluso tímido; y la posibilidad de que su pequeño pupilo pudiera ser más inteligente que él era para su intranquilidad, uno más entre los peligros que entrañaba aquel experimento novedoso. Pensó, no obstante, que eran riesgos que había que correr al aceptar una posición -como decían- en el seno de una familia cuando los honores universitarios pecuniariamente hablando, aún no han rendido fruto alguno. Sea como fuere, cuando la señora Moreen se puso de pie (como queriendo decir que, entendido que el joven empezaría aquella misma semana, era libre de irse hasta el momento en que se hiciera cargo de sus obligaciones), Pemberton logró, pese a la presencia del niño, decir algo referente a sus honorarios. Si la alusión no resultó vulgar, no fue por la sonrisa consciente que parecía hacer referencia a la

situación acaudalada de la dama. La causa fue exactamente que ésta supo ser más airosa y responder:

-¡Oh! Le puedo asegurar que eso se resolverá de modo enteramente satisfactorio.

Pemberton sólo se preguntó, mientras cogía el sombrero, a cuánto ascendería «eso»; la gente tiene ideas tan distintas al respecto. No obstante parecía que las palabras de la señora Moreen suponían un compromiso suficientemente claro por parte de la familia, pues dieron lugar a que el niño hiciera un breve y extraño comentario, exclamando burlonamente en otra lengua:

-¡Oh, là-là!

Pemberton, un tanto confundido, lanzó una mirada hacia su futuro alumno, viéndole alejarse lentamente hacia la ventana, la espalda vuelta, las manos en los bolsillos y, en torno a sus hombros de adulto, el aire de ser un niño que no jugaba. El joven se preguntó si sería capaz de enseñarle a jugar, aunque la madre había dicho que jamás resultaría y que por eso le era imposible ir al colegio. La señora Moreen no dio muestras de desconcierto; se limitó a proseguir en tono afable:

-El señor Moreen tendrá mucho gusto en satisfacer sus deseos. Como le dije, le han llamado a Londres, donde estará una semana. En cuanto vuelva aclarará esto con él.

Aquello era tan franco y tan amistoso que el joven sólo pudo responder, riendo con su anfitriona:

-¡Oh! No creo que vayamos a pelearnos.

-Le darán lo que usted quiera -comentó el niño inopinadamente, al tiempo que volvía de la ventana-. No nos preocupa lo que pueda costar nada. Vivimos magníficamente bien.

-¡Querido, qué cosas tan raras dices! -exclamó su madre, acariciándolo con mano experimentada pero ineficaz. El niño se zafó, dirigiendo una mirada inteligente e inocente a Pemberton, que a esas alturas ya se había dado cuenta de que aquel rostro menudo y satírico parecía tener el don de cambiar de edad de un momento a otro. En aquel momento era un rostro infantil, y sin embargo, parecía hallarse bajo la influencia de curiosas intuiciones y conocimientos. A Pemberton más bien le desagradaba la precocidad y se sintió decepcionado al advertir vestigios de la misma en un discípulo que aún no había alcanzado la adolescencia. Sin embargo, adivinó sobre el terreno que Morgan no iba a

resultar aburrido. Al contrario, iba a resultar de lo más emocionante. Aquella idea contuvo al joven, pese a que sentía una cierta repulsión.

-¡Vaya una personita pomposa! ¡No somos derrochadores! -protestó alegremente la señora Moreen, intentando, de nuevo infructuosamente, retener al niño junto a sí-. Usted debe saber qué puede esperar -prosiguió, dirigiéndose a Pemberton.

-¡Cuánto menos espere, mejor! -afirmó el niño-. Aunque nosotros *somos* gente a la moda.

-¡Sólo en la medida que *tú* nos haces serlo! -dijo la señora Moreen, burlándose de su hijo con ternura-. Muy bien; así pues el viernes (no me diga que es usted supersticioso); y no vaya a fallarnos. Entonces nos verá a todos. Lamento que las chicas hayan salido. Creo que le gustarán las chicas. Y ya sabe que tengo otro hijo completamente distinto a éste.

-Trata de imitarme -le dijo Morgan a Pemberton.

-¿Qué trata de imitarte? ¡Pero si tiene veinte años! -exclamó la señora Moreen.

-Eres muy ingenioso -le comentó Pemberton al niño, observación que su madre subrayó con entusiasmo, aseverando que las salidas de Morgan eran la delicia de la casa.

El chico no prestó atención a aquello; simplemente le preguntó con brusquedad al visitante (el cual se sorprendió más tarde de no haber encontrado la pregunta ofensivamente descarada):

-¿Tiene usted mucha necesidad de venir a esta casa?

-¿Cómo puedes dudarlo después de lo que me han contado que voy a oír? -replicó Pemberton.

Sin embargo, era algo que no tenía ninguna gana de hacer; lo hacía porque tenía que ir a algún sitio, debido a la extinción de su fortuna tras un año en el extranjero. Se la había gastado siguiendo el procedimiento de invertir la totalidad de su minúsculo patrimonio de golpe en una sola experiencia. Había vivido plenamente aquella experiencia, pero no podía pagar la cuenta del hotel. Además había visto destellar en la mirada del niño una súplica lejana.

-Bien, haré lo que pueda por usted -dijo Morgan.

A continuación el niño volvió a alejarse. Se acercó a una de las puertas acristaladas y salió al exterior; Pemberton le vio acercarse hasta el pretil de la terraza y acodarse. Aún seguía allí cuando el joven se despedía de la madre, quien intervino al darse cuenta de que Pemberton parecía esperar que el niño le dijera adiós:

-¡Déjele, déjele; es tan raro! -Pemberton sospechó que tenía miedo de lo que su hijo pudiera decir-. Es un genio, usted lo adorará -agregó-. Es con mucho el miembro más interesante de la familia -y sin darle tiempo a ingeniar ninguna cortesía que oponer a aquel comentario, concluyó diciendo-: Pero todos somos buenos ¿sabe?

«¡Es un genio, usted lo adorará!» Antes del viernes, Pemberton recordó aquellas palabras, que le hicieron pensar, entre otras cosas, que los genios no son invariablemente adorables. Sin embargo, todo iría mucho mejor si había un elemento que hiciera de la tutoría algo absorbente: tal vez no tuviera razón al dar por supuesto que resultaría tediosa. Cuando dejó la mansión después de la entrevista, alzó la vista hacia la terraza y vio al niño asomado. Le dio una voz:

-¡Nos lo vamos a pasar en grande!

Morgan dudó un momento y después respondió, riéndose:

-¡Para cuando vuelva se me habrá ocurrido algo ingenioso!

Esto hizo que Pemberton dijera para sí:

-Después de todo el niño es bastante agradable.

II

Los vio a todos el viernes, como prometiera la señora Moreen, pues su marido estaba de vuelta y las chicas, junto con el otro hijo, se encontraban en casa. El señor Moreen tenía bigote blanco, era propenso a hacer confidencias y lucía en el ojal el cordón de una orden extranjera concedida, según supo Pemberton con el tiempo, por los servicios prestados. En qué consistieron aquellos servicios nunca lo supo a ciencia cierta: era aquél un punto -uno entre muchos- sobre el cual el señor Moreen no se sentía inclinado a hacer confidencias. Sí se sintió poderosamence inclinado a hacer la confidencia de que era un hombre de mundo. Era evidente que Ulick, el primogénito, se preparaba para ejercer aquella misma profesión, con la desventaja, sin embargo, de que, hasta la fecha su ojal tenía un modesto carácter floral y su bigote carecía de grandes pretensiones. Las chicas, pese a sus peinados, su porte, sus modales y sus piececillos gordezuelos, jamás habían salido de casa solas. En cuanto a la señora Moreen, tras examinarla más de cerca, Pemberton advirtió que su elegancia era intermitente y que no siempre se vestía con armonía. Su marido, tal como ella prometiera, satisfizo entusiásticamente las ideas de Pemberton en lo tocante al salario. El joven se esforzó porque fueran modestas y el señor Moreen le dijo en confianza que a él le parecían francamente exiguas. Le aseguró además que aspiraba a la intimidad de sus hijos, que quería ser su mejor amigo y que siempre los estaba vigilando. Por eso se iba a Londres y a otros lugares: para vigilar; y era aquella vigilancia la teoría de la vida, así como la ocupación genuina de toda la familia. Todos se mantenían vigilantes, pues todos afirmaban

muy sinceramente que era necesario hacerlo. Deseaban dejar bien sentado que eran gente seria, así como que su fortuna, si bien enteramente apropiada para una gente seria, exigía una administración en extremo cuidadosa. El señor Moreen, como padre de la nidada, era el encargado de procurar el sustento. Ulick encontraba el sustento principalmente en el club, donde Pemberton creía que solían servírselo en tapete verde. Las chicas se hacían ellas mismas sus peinados y sus vestidos, y a nuestro joven le daba la sensación de que, en lo tocante a la educación de Morgan, se le pedía que se alegrara de que, aunque naturalmente debía ser de la mejor calidad, no costara demasiado. Al cabo de poco tiempo se alegró olvidándose a veces de sus propias necesidades en aras del interés que le inspiraban el niño, su educación y el placer de llevarse bien con él.

Durante las primeras semanas de su relación Morgan le pareció tan enigmático como una página escrita en un idioma desconocido; era completamente distinto a los transparentes niños anglosajones que le habían hecho a Pemberton formarse una idea falsa de la infancia. Ciertamente aquel niño era un libro misteriosamente encuadernado que exigía estar versado en la práctica de la traducción. Hoy, transcurrido un considerable intervalo de tiempo, subsiste en el recuerdo que guarda Pemberton de la rareza de los Moreen algo fantasmagórico, como los reflejos de un prisma o una novela por entregas. De no ser por unas cuantas pruebas tangibles (un mechón del cabello de Morgan que cortó con su propia mano y media docena de cartas que recibió del niño cuando ya se habían separado) todo el episodio y las figuras que lo poblaron le parecerían demasiado incoherentes en otro contexto que no fuera el mundo de los sueños. Lo más raro de aquella gente era que tuvieran éxito (conforme a la impresión inicial de Pemberton), pues jamás había conocido a una familia tan brillantemente dotada para el fracaso. ¿No fue un éxito que consiguieran retenerlo por un espacio de tiempo tan odiosamente prolongado? ¿no fue un éxito que le hicieran compartir con ellos el *déjeuner* el primer día, el viernes que empezó (aquello bastaba para volverle a uno supersticioso), de modo que quedó irremisiblemente comprometido? Y ello no fue producto de un cálculo ni de un *mot d'ordre*, sino de un feliz instinto que les hacía obrar siempre en grupo, como si fueran una tribu de gitanos. Los encontraba tan divertidos como si de verdad fueran una tribu de gitanos. Pemberton era joven y no había visto mucho mundo. Sus años ingleses habían sido intensamente

cotidianos, por lo que la inversión de las convenciones imperantes entre los Moreen (pues tenían

sus propios valores) le parecía el mundo al revés. En Oxford no había visto nada parecido a ellos; menos aún había llegado hasta sus oídos norteamericanos ninguna nota parecida durante los cuatro años que pasó en Yale antes de su marcha a lnglaterra. En aquella época creía haber reaccionado enérgicamente contra el puritanismo, pero en cualquier caso la reacción de los Moreen iba muchísimo más lejos. El primer día que estuvo entre ellos se consideró muy inteligente, tras haberlos calificado en su fuero interno como «cosmopolitas». Más adelante le pareció un término endeble y con bastante poco colorido, y hubo de reconocer el carácter impotentemente provisional del mismo. Sin embargo, cuando lo aplicó por vez primera lo hizo con cierto regocijo (pese a su condición de instructor seguía siendo empírico) como si pensara que vivir con aquella familia equivaliera verdaderamente a contemplar el espectáculo de la vida. Se lo sugirió la afable singularidad de aquella gente: su cháchara despreocupada, su alegría y buen humor, su holgazanería infinita (se pasaban la vida levantándose de la cama pero nunca terminaban de hacerlo; un día Pemberton se encontró al señor Moreen afeitándose en el salón), su francés, su italiano y, en medio de la desenvoltura sazonada con que hablaban aquellas lenguas, sus toques fríos y toscos de inglés norteamericano. Se alimentaban de macarrones y café (artículos que se hacían preparar con la máxima perfección) pero conocían las recetas de un centenar de platos distintos. Rebosaban música y canciones y se pasaban la vida tarareando e interrumpiéndose unos a otros, y el conocimiento que tenían de las ciudades del continente europeo revestía una especie de carácter profesional. Hablaban de «sitios buenos» como si fueran cómicos de la legua. Tenían una casa de campo en Niza, un coche de caballos, un piano y un banjo, y asistían a las recepciones oficiales. Eran un calendario perfecto de los «días» (así es como llamaban a los cumpleaños) de sus amistades. Pemberton sabía que cuando se sentían indispuestos se levantaban de la cama para asistir a tales eventos, así como que tenían la virtud de hacer que una semana pareciera más larga que toda una vida cuando la señora Moreen hablaba de los «días» con Paula y Amy. Su iniciación en el romanticismo les confirió al principio, a los ojos de la persona que se había ido a vivir con ellos, una apariencia de cultura casi deslumbrante. La señora Moreen había traducido algo en otros tiempos; un autor que hizo a Pemberton sentirse *borné*, pues jamás había oído su nombre. Eran capaces de imitar el veneciano y de cantar en napolitano, y cuando querían decir algo muy especial se comunicaban entre sí utilizando un ingenioso dialecto de su

invención, una especie de clave verbal que al principio Pemberton tomó por Volapük, pero que llegó a entender de un modo que no le habría sido posible si se hubiera tratado efectivamente de Volapük.

-Es el lenguaje de la familia, el «ultramoreen» -le explicó Morgan, bastante divertido; pero el niño rara vez se dignaba usarlo, aunque intentaba el latín coloquial, como si fuera un pequeño prelado.

Entre los «días» que gravaban la memoria de la señora Moreen, ella lograba hacer sitio al suyo, y sus amistades algunas veces lo olvidaban. Pero la casa tenía el aire de ser un lugar frecuentado; se lo conferían los nombres de una serie de personas distinguidas a las que allí se hacía mención libremente y la presencia de varios caballeros misteriosos, que tenían títulos extranjeros y ropas inglesas, a los que Morgan llamaba «los príncipes»; éstos se sentaban en los sofás junto a las chicas y hablaban francés en voz muy alta, como queriendo demostrar que no estaban diciendo nada impropio, Pemberton se preguntaba cómo diablos era posible que los príncipes pudieran hacer la corte empleando aquel tono y de un modo tan notorio; cínicamente, dio por supuesto que eso era lo que se esperaba de ellos. Después reconoció que ni siquiera ante una oportunidad tan ventajosa permitiría nunca la señora Moreen que Paula y Amy recibieran visitas a solas. Aquellas señoritas no tenían nada de tímidas pero eran precisamente las salvaguardias lo que las hacía tan atractivas. Aquella era una casa de bohemios que tenían unos enormes deseos de ser mojigatos.

Había, sin embargo, un aspecto en el que, sin duda alguna, no actuaban con rigor: se mostraban prodigiosamente cariñosos y embelesados con Morgan. Se trataba de un cariño auténtico, de una admiración sin trabas, tan fuerte el uno como la otra. Incluso alababan su belleza, que era poca, y les inspiraba cierto temor, como si reconocieran que estaba hecho de una arcilla más fina. Le llamaba ángel y pequeño prodigio, y se compadecían efusivamente de su falta de salud. Al principio Pemberton temió que aquel exceso de elogios le hiciera cobrar odio hacia el niño pero antes de que sucediera eso él ya se prodigaba en elogios también. Más adelante, cuando le había cobrado odio a los demás era un soborno a su paciencia que tuvieran muestras de consideracion hacia Morgan: caminaban de puntillas cuando creían que le estaban apareciendo los síntomas de su enfermedad, e incluso renunciaban al «día» de alguien para darle gusto a él. Pero

entremezclado con aquello, sus familiares tenían un afán extrañísimo por que fuera un niño independiente; como si pensaran que no estaban a la altura de él. Lo pusieron en manos de Pemberton como si quisieran que aquel joven amable lo adoptara constructivamente y así ellos poder eludir enteramente su responsabilidad. Se sintieron encantados cuando se dieron cuenta de que a Morgan le gustaba su preceptor y no pudieron encontrar para Pemberton mejor elogio

que aquél. Era raro ver cómo se esforzaban por reconciliar la apariencia -y ciertamente el hecho esencial- de que adoraban al pequeño con los ávidos deseos que sentían de lavarse las manos por lo que a él se refería. ¿Querrían librarse del niño antes de que éste descubriera cómo eran? Pemberton lo fue descubriendo mes a mes. Fuera como fuere los familiares del niño se quitaban de en medio haciendo gala de una delicadeza exagerada, como si temieran ser acusados de estar interfiriendo en algo. Viendo a tiempo lo poco que el niño tenía en común con ellos (fueron ellos los que se lo hicieron notar la primera vez, proclamándolo con total humildad), su preceptor se sintió movido a especular acerca de los misterios de la transmisión genética; los remotos saltos de la herencia. De dónde procedía el despego que mostraba Morgan hacia la mayor parte de las cosas que representaban sus familiares es más de lo que le era dado decir a un observador... sin duda habría que remontarse dos o tres generaciones.

En cuanto a la valoración que hizo el mismo Pemberton de su discípulo, pasó un buen tiempo antes de que abrazara el punto de vista expuesto, tan poco preparado estaba para encontrarse una cosa así; ello se debía a la imagen que hasta entonces tuvo de las tutorías, en las que conforme a la tradición los discípulos son unos pequeños bárbaros pagados de sí mismos. Morgan tenía una personalidad descompensada y sorprendente; poseía en grado deficiente muchas cualidades consideradas normales entre los miembros de su *especie*, mientras otras, que normalmente son patrimonio de inteligencias superiormente dotadas, las poseía en abundancia. Un día Pemberton dio un gran paso: la cuestión se aclaró mucho cuando comprendió que efectivamente Morgan poseía una inteligencia superior y que, si bien aquella fórmula era pobre y provisional, era el único supuesto sobre el que cabía fundamentar la forma de tratarlo si se quería tener éxito. Tenía las características generales propias del niño a quien no le han ofrecido en la escuela una imagen simplificada de lo que es la vida; una suerte de sensibilidad conformada en el seno del hogar (que acaso pudiera resultar negativa para el mismo niño, pero que a los demás les resultaba encantadora) y toda una gama de registros en cuanto a refinamiento y percepción (tenues vibraciones musicales tan cautivadoras como una melodía que nos persigue), producto de sus vagabundeos por Europa a remolque de su tribu migratoria. Tal vez no fuera ésta una clase de educación recomendable de antemano, pero los resultados que arrojó en el caso de Morgan eran tan palpables como un tejido de textura delicada. Al mismo tiempo formaba parte de su

composición una fuerte especie: el estoicismo, fruto sin duda de haber tenido que empezar a soportar el dolor muy pronto- aquel rasgo producía la impresión de que Morgan era valeroso y le restaba importancia al hecho de que seguramente en el colegio hubieran tomado al niño por un pequeño monstruo políglota. Y la verdad es que Pemberton enseguida se alegró de que Morgan no pudiera ir a la escuela. Seguramente, de entre un millón de niños, la escuela sería buena para todos menos para uno, y ése era Morgan. Le habría hecho establecer comparaciones y sentirse superior, tal vez habría hecho de él un ser engreído. Pemberton intentaría ser él mismo la escuela (un seminario mayor que quinientos asnos pastando), de modo que, al no ganar premios, el niño seguiría siendo inconsciente, sin responsabilidades y divertido (divertido porque, aunque en su naturaleza infantil la vida ya alentaba intensamente, había allí una frescura que levantaba una fuerte brisa que propiciaba la aparición de chistes. Resultó que, incluso cuando no se movía el aire, por causa de las diversas taras físicas de Morgan, surgían con facilidad los chistes. Era un niño cosmopolita, pálido, flaco, agudo y poco desarrollado, al que le gustaba la gimnasia intelectual y que había detectado en el comportamiento de la humanidad más cosas de las que cabría suponer; a pesar de todo ello tenía, como era propio de su edad, su cuarto de jugar, donde guardaba sus supersticiones y destrozaba una docena de juguetes al día.

III

Una vez, en Niza a la caída de la tarde, hallándose pupilo y tutor sentados, descansando al aire después de un paseo, contemplando el mar bajo la luz rosácea del ocaso, Morgan le dijo a su acompañante de repente:

-¿Le gusta... ya sabe, estar con todos nosotros de un modo tan íntimo?

-Querido muchacho ¿y por qué habría de quedarme si no fuera así?

-¿Cómo sé que se va a quedar? Estoy casi seguro de que no se quedará mucho tiempo.

-Espero que no tengas la intención de despedirme -dijo Pemberton.

Morgan reflexionó un momento mientras contemplaba la puesta de sol.

-Creo que si obrara rectamente debería hacerlo.

-Bueno, ya sé que mi obligación es instruirte en la virtud: pero en ese caso no obres rectamente.

-Afortunadamente es usted muy joven -prosiguió Morgan, dirigiendo de nuevo la mirada hacia él.

-Sí, claro, sobre todo en comparación contigo.

-Por tanto no tendrá tanta importancia que pierda mucho tiempo.

-Así es como hay que mirarlo -dijo Pemberton acomodaticiamente.

Guardaron silencio durante unos momentos, tras lo cual el niño preguntó:

-¿Aprecia mucho a mi padre y a mi madre?

-Pues claro que sí. Son encantadores.

-Morgan recibió esto con un nuevo silencio; entonces, inopinadamente, con familiaridad pero al mismo tiempo con afecto, dijo:

-¡Menudo farsante está usted hecho!

Por alguna razón concreta aquellas palabras le hicieron mudar el color a Pemberton. El niño se apercibió al instante de que su interlocutor había enrojecido, por lo que enrojeció también él; maestro y discípulo intercambiaron una larga mirada en la que había conciencia de muchas más cosas de las que normalmente se tocan, siquiera tácitamente, en semejante relación. Aquella mirada puso a Pemberton en una situación embarazosa; planteaba de forma confusa una cuestión que ahora vislumbraba por vez primera y que estaba destinada (según se imaginaba, debido a sus peculiarísimas condiciones) a desempeñar un papel tan singular como sin precedentes en la relación con su discípulo. Más adelante cuando se dio cuenta de que hablaba con aquel niño de un modo en el que pocas veces se ha hablado a niño alguno, recordó aquel momento de azoramiento que tuvo en Niza como la aurora de un entendimiento entre ellos dos que posteriormente se fue ampliando. Lo que le hizo sentirse entonces tan incómodo fue que, considerándolo su obligación, le dijo a Morgan que podía meterse con él cuanto quisiera pero que jamás debía meterse con sus padres. Aquello ponía a disposición de Morgan la fácil respuesta de que no por asomo se le había ocurrido meterse con ellos, lo cual era evidentemente cierto, con lo que era Pemberton el que quedaba mal.

-Entonces ¿por qué soy un farsante si digo que los considero encantadores? -preguntó el joven, consciente de que su actitud era un tanto irreflexiva.

-Bueno... es que no son sus padres.

-Tú eres lo que más quieren en el mundo, no lo olvides nunca -dijo Pemberton.

-¿Por eso le gustan tanto a usted?

-Son muy amables conmigo -repuso Pemberton evasivamente.

-¿Lo ve cómo es usted un farsante? -dijo Morgan riéndose y cogiendo a su tutor del brazo. Se recostó contra él, mirando nuevamente hacia el mar y balanceando sus piernas largas y delgadas.

-No me des patadas en las espinillas -dijo Pemberton al tiempo que pensaba: «¡Maldita sea, no puedo quejarme de ellos al niño!».

-Además hay otra razón -prosiguió Morgan, parando las piernas.

-¿Otra razón para qué?

-Aparte de que no son sus padres.

-No te entiendo -dijo Pemberton.

-Bueno, ya me entenderá antes de que pase mucho tiempo. ¡Vaya si me entenderá!

Pemberton entendió perfectamente antes de que pasara mucho tiempo; pero tuvo incluso que luchar consigo mismo antes de confesarlo. Le parecía que era la cosa más rara de todas las que podía ser causa de controversia en el niño. Se preguntó si no detestaría al niño por haberle obligado a entrar en una controversia así. Pero cuando ya se había embarcado en ella, le estaba vedado el recurso de detestar al niño. Morgan era un caso especial y conocerle era aceptarlo en las extrañas circunstancias que lo rodeaban. A Pemberton se le agotaron sus reservas de odio hacia los casos especiales antes de tener conocimiento de lo que ocurría. Cuando por fin lo tuvo se dio cuenta de que se encontraba en una situación dificilísima. Contrariando todos sus intereses, había ligado su suerte a la de Morgan. Ahora tendrían que afrontar las cosas juntos. Aquella tarde, en Niza, antes de llegar a casa, el niño le dijo, cogiéndole del brazo:

-Bueno, de todos modos, usted se quedará hasta el final.

-¿Hasta el final?

-Hasta que casi hayan acabado con usted.

-¡A ti lo que te hace falta es una buena tunda! -exclamó Pemberton, atrayendo al niño hacia sí.

IV

Cuando Pemberton llevaba un año viviendo con ellos, los Moreen decidieron repentinamente dejar la casa de Niza. Pemberton ya estaba acostumbrado a las decisiones repentinas, después de haber visto cómo las ponían

en práctica a una escala considerable en el curso de dos viajes muy accidentados, uno por Suiza, el primer verano; y el otro a finales de invierno, cuando todos partieron presurosamente con destino a Florencia y luego, al cabo de diez días, en vista de que les gustaba mucho menos de lo que se esperaban, regresaron desordenadamente, presas de una misteriosa depresión. Volvían a Niza «para siempre», según dijeron; pero eso no les impidió, una noche de lluvia y bochorno del mes de mayo, meterse en un vagón de segunda (nunca se sabía en qué clase viajarían), donde Pemberton les ayudó a colocar una asombrosa colección de bolsas y bultos. La explicación de aquella maniobra fue que habían resuelto pasar el verano «en algún lugar tonificante»; pero al llegar a París se instalaron en un pequeño piso amueblado (una cuarta planta, en una avenida de tercera categoría, con mal olor en la escalera y un *portier* odioso) y se pasaron los cuatro meses siguientes en la más absoluta indigencia.

La mejor parte de aquella estancia frustrante les tocó al preceptor y a su alumno, quienes, visitando los Inválidos, Nôtre Dame, La Conciergerie y todos los museos, se dieron un centenar de paseos de lo más gratificante. Llegaron a conocer el París que les interesaba, lo cual resultó útil, pues otro año regresaron para una estancia más prolongada, cuyo recuerdo hoy se entremezcla confusa y lamentablemente en la memoria de Pemberton con el que guarda de la primera. Aún ve los raídos bombachos de Morgan, aquellos bombachos eternos que no hacían juego con la blusa y que, a medida que el niño iba ganando altura, iban perdiendo color. También recuerda los agujeros que había en sus tres o cuatro pares de medias de color.

La madre quería mucho a Morgan pero éste no iba nunca mejor vestido de lo que era estrictamente necesario; en parte, sin duda, por culpa del niño, pues su aspecto le era tan indiferente como a un filósofo alemán.

-Mi querido amigo, se te está cayendo la ropa a pedazos -le decía Pemberton, amonestándole con escepticismo, a lo que el niño respondía, echándole una tranquila ojeada de pies a cabeza:

-Mi querido amigo ¡a usted también! No quiero hacerle sombra.

Pemberton nada podía replicar a aquello: era una aseveración que reflejaba fielmente la realidad. No obstante, aun cuando las deficiencias de su guardarropa constituían un capítulo

aparte, no le estaba que su pequeño pupilo aparentara ser demasiado pobre. Más adelante solía decir:

-Bueno; después de todo, si somos pobres ¿por qué no habríamos de parecerlo?

Y se consolaba pensando que en la pobre indumentaria de Morgan había algo un tanto adulto y caballeresco; difería del aspecto desastrado propio de los golfillos que estropean sus cosas jugando. Pemberton advertía con toda claridad el proceso gradual, según el cual la señora Moreen se iba absteniendo habilidosamente de renovarle el vestuario a su hijo en la medida que las relaciones sociales del mismo iban quedando limitadas a los confines de la relación con su tutor. Ella no hacía nada que los demás no pudieran ver: descuidaba a su hijo porque pasaba desapercibido y después, cuando éste se convertía en una ilustración de su inteligente táctica, desaconsejaba en casa que el niño apareciera en público. La postura de la señora Moreen era bastante lógica: los miembros de su familia que se dejaban ver habían de ser vistosos.

Durante aquella época y en algunas otras Pemberton fue muy consciente de que él y su camarada podían llamar la atención: deambulando lánguidamente por el Jardin des Plantes como si no tuvieran dónde ir; sentados, los días de invierno, en las galerías del Louvre (tan irónicamente espléndidas para los que no tienen casa), como si quisieran aprovecharse del *calorifère*. A veces hacían chistes a costa de su situación: era el tipo de chistes que iban con el temperamento del niño: Se imaginaban que formaban parte de la inmensa e informe multitud que vivía al día en aquella ciudad enorme, y fingían sentirse orgullosos de la posición que ocupaban; aquello les enseñaba mucho sobre la vida y les hacía tomar conciencia de la existencia de una especie de hermandad democrática. Si bien Pemberton no podía sentirse solidario con la pobreza de su pequeño compañero (pues a fin de cuentas los afectuosos padres de Morgan no permitirían que su hijo lo pasara verdaderamente mal) el niño sí podría experimentar aquel sentimiento, así que venía a ser lo mismo. A veces Pemberton se preguntaba qué pensaría la gente de ellos, y se imaginaba que los miraban de reojo, como si pudieran sospechar que se trataba de un caso de rapto. Morgan no podía pasar por un joven patricio acompañado de su preceptor (no iba vestido con suficiente elegancia), aunque podría pasar por el enfermizo hermano menor de su acompañante. De vez en cuando Morgan tenía una moneda de cinco francos, y excepto en una ocasión en que compraron un par de corbatas muy bonitas, una de las cuales le obligó a aceptar a

Pemberton, lo invertían con científico afán en libros viejos. Aquéllos eran días grandiosos y siempre los pasaban en los *quais*, revolviendo en las polvorientas casetas de los libreros, adosadas a los muros. Tales ocasiones les ayudaban a vivir porque empezaron a quedarse casi sin libros en Inglaterra, pero se vio obligado a escribirle a un amigo y rogarle que tuviera la amabilidad de llevárselos a cierto individuo que le daría algo de dinero por ellos.

Aún seguían aquel verano sin haber probado el sabor del clima tonificante cuando, en el momento en que se disponían a emprender viaje el joven tuvo una idea y efectuó un movimiento que arrojó la copa al suelo cuando los Moreen se la llevaban a los labios. Fue el primer estallido, según su expresión, que tenía con sus patronos; la primera vez que culminaba con éxito el intento (aunque ahí empezó y acabó todo su éxito) de hacer que los Moreen tomaran en consideración la posición insostenible en que se hallaba. Siendo la víspera de un viaje evidentemente costoso, le pareció que era el momento oportuno de hacer una señal de protesta, de plantear un ultimátum. Por ridículo que sonara todavía no había tenido ocasión de mantener una entrevista en privado con los padres sin que les interrumpieran, ni con los dos juntos ni con ninguno de ellos por separado. Siempre se hallaban rodeados por los hijos mayores, y el pobre Pemberton solía tener junto a sí al pequeño de cuya tutela se encargaba. Era consciente de que en aquella casa la delicadeza personal solía quedar superficialmente manchada; no obstante, seguían manteniéndose intactos los escrúpulos que impedían a Pemberton anunciarles públicamente a los señores Moreen que no podía seguir más tiempo sin un poco de dinero. Seguía siendo lo bastante ingenuo como para suponer que Ulick, Paula y Amy podrían ignorar que desde el día de su llegada sólo había recibido ciento cuarenta francos; y era lo bastante magnánimo como para no querer comprometer a los padres ante sus hijos. El señor Moreen le prestó oídos, pues como hombre de mundo que era siempre escuchaba todo cuanto tuvieran que decirle. Mientras escuchaba a Pemberton daba la impresión de estarle pidiendo (aunque, por supuesto, no de una manera burda) que intentara tener un poco más de entereza. Pemberton reconoció lo importante que era tener carácter al ver lo provechoso que le resultaba al señor Moreen. Ni siquiera se mostraba confundido, en tanto que el pobre Pemberton lo estaba más de lo que lo justificaban sus motivos. Tampoco se mostraba el señor Moreen sorprendido, al menos no más de lo necesario en un caballero que libremente se confesaba un tanto desconcertado, aunque no estrictamente por causa de Pemberton.

-Tenemos que ocuparnos de esto, ¿no te parece querida? -le dijo a su esposa. Le aseguró a su joven amigo que dedicaría al asunto toda su atención; y desapareció de la vista imperceptiblemente, como si no le quedara más remedio que atravesar la puerta, pese a que no lo deseaba.

Cuando un instante después Pemberton se vio a solas con la señora Moreen le oyó decir a ésta «claro, claro», al tiempo que acariciaba la redondez de su barbilla, como si su única duda fuera elegir entre una docena de remedios fáciles. Aunque no se fueron de viaje, al menos el señor Moreen pudo desaparecer por espacio de varios días. Durante su ausencia su esposa volvió a abordar la cuestión de manera espontánea, pero su única aportación fue meramente decir que siempre había pensado que se llevaban a las mil maravillas con el tutor. La respuesta que dio Pemberton a aquella revelación fue afirmar que si no le entregaban inmediatamente una suma sustanciosa los dejaría para siempre. Sabía que ella se preguntaría cómo iba a arreglárselas para irse y por un momento supuso que le interrogaría al respecto. No lo hizo, por lo que Pemberton casi se sintió agradecido hacia ella, tan pocas eran las posibilidades que tenía de contestar.

-No se irá, usted sabe que no se irá... está demasiado interesado -dijo ella-. Sí, está demasiado interesado, usted lo sabe. ¡Nosotros le apreciamos y es usted tan amable! -se rió con malicia casi condenatoria, como si le estuviera haciendo un reproche (aunque no quiso insistir), mientras agitaba un pañuelo un tanto sobado ante él.

Pemberton estaba firmemente decidido a dejar la casa la semana siguiente. Eso le daría margen para recibir respuesta a la carta que había enviado a Inglaterra. Si no hizo nada semejante, es decir, si se quedó otro año y después se ausentó sólo por espacio de tres meses, no fue sólo porque antes de recibir respuesta a su carta (respuesta que resultó no ser nada satisfactoria), el señor Moreen le entregó generosamente (de nuevo con todas las precauciones propias de un hombre de mundo) trescientos francos. Pemberton se exasperó al descubrir que la señora Moreen estaba en lo cierto, que no le resultaba posible dejar al niño. Esto se hizo más patente por la sencilla razón de que, la noche que hizo aquel llamamiento desesperado a sus patronos, vio con toda claridad en qué posición se encontraba. ¿No era una prueba más del éxito con que practicaban aquellos patronos sus artes el hecho de que hubieran logrado retrasar durante tanto tiempo el destello iluminador? Se hizo la luz ante Pemberton (con una intensidad tal que un espectador seguramente la hubiera juzgado cómicamente excesiva) cuando el joven ya había regresado a su pequeña estancia de criado, que daba a un patio cerrado y tenía enfrente una pared sucia y desnuda que recogía con agudo estrépito el reflejo de las iluminadas ventanas traseras. Sencillamente se había puesto en manos de una banda de aventureros. Aquella idea, la

palabra por sí sola, le hacía sentir una especie de horror romántico, a él, cuya vida siempre se había desarrollado dentro de unas coordenadas tan estables. Más adelante la idea adquirió un aspecto más interesante haciéndole sentir una especie de alivio: aquello encerraba una moraleja y a Pemberton le gustaban las moralejas. Los Moreen eran unos aventureros no sólo porque no pagaran sus deudas o porque vivieran a costa de la sociedad, sino porque

toda la visión que tenían de la vida (turbia, confusa e instintiva, como la de los animales inteligentes y ciegos a los colores) era especulativa, rapaz y mezquina. ¡Oh! Eran «respetables», lo cual los hacía más *immondes*. El análisis que hizo el joven de ellos lo puso de manifesto de modo muy simple: eran aventureros porque eran unos snobs abyectos. Aquello era la manera más certera de describirlos, era la ley que regía sus vidas. Incluso después de haber comprendido tan gran verdad, el ingenioso personaje que compartía con ellos la casa siguió sin tomar conciencia de lo mucho que había preparado su mente para una cosa así aquel niño extraordinario que ahora se había convertido en una complicación para su vida. Ni muchísimo menos podía Pemberton prever entonces la información que aún habría de deberle a aquel niño extraordinario.

V

Pero fue durante el tiempo que vino a continuación cuando empezó el verdadero problema, el problema de hasta qué punto es excusable discutir la infamia de sus padres con un niño de doce, de trece, de catorce años. Naturalmente, al principio le pareció algo absolutamente inexcusable y enteramente imposible; y es cierto que la cuestión no resultó apremiante durante un tiempo, después de que Pemberton recibiera sus trescientos francos. Estos dieron paso a una especie de calma, un alivio frente a las presiones más acuciantes. Pemberton enmendó frugalmente su vestuario e incluso tenía unos francos en el bolsillo. Pensó que los Moreen le miraban como si vistiera con demasiada elegancia, como si pensaran que deberían cuidar de no mimarle mucho. De no haber sido el señor Moreen tan hombre de mundo tal vez le hubiera dicho algo de sus corbatas. Pero el señor Moreen siempre estaba muy en su papel de hombre de mundo y dejaba estar las cosas; eso ciertamente lo había demostrado a las claras. Era curioso que Pemberton hubiera adivinado que Morgan, aun cuando éste no decía nada, sabía que había pasado algo. Pero trescientos francos, sobre todo cuando se debe dinero, no podían durar eternamente; y cuando se acabaron (el chico supo cuándo se acabaron) Morgan sí que dijo algo. El grupo había regresado a Niza a principios de invierno pero no a la encantadora casa de campo. Fueron a un hotel en el que se quedaron tres meses y después fueron a otro hotel, explicando que se habían ido del primero porque llevaban muchísimo tiempo esperando y no les daban las habitaciones que querían. Tales aposentos, las habitaciones que querían, eran por lo general de lo más espléndido; pero afortunadamente nunca se las daban. Afortunadamente para

Pemberton, quiero decir, pues éste siempre se hacía la reflexión de que si se las llegaban a dar quedaría aún menos para gastos de educación. Lo que por fin dijo Morgan lo dijo repentinamente, sin venir a cuento, cuando llegó el momento, en medio de una clase y su contenido fueron estas palabras, aparentemente exentas de sentimiento.

-Debería usted *filer*, ¿sabe? De veras debería hacerlo.

Pemberton se le quedó mirando fijamente. Había aprendido de Morgan el suficiente argot francés como para saber que *filer* significaba irse.

-¡Ah, querido muchacho, no me despidas!

Morgan cogió un diccionario de griego (utilizaba un diccionario griego-alemán) para buscar una palabra, en vez de preguntársela a Pemberton.

-Usted sabe que no puede seguir así.

-¿Seguir cómo, muchacho?

-Sin que le paguen -dijo Morgan, ruborizándose y pasando las hojas.

-¿Que no me pagan? -Pemberton volvió a mirarle fijamente y fingió asombro-. ¿Quién diablos te ha metido eso en la cabeza?

-Lleva ahí mucho tiempo -replicó el chico, prosiguiendo su búsqueda.

Pemberton se quedó un momento callado y a continuación dijo:

-Oye; ¿qué estás buscando? Me pagan magníficamente.

-Estoy buscando cómo se dice en griego «falsedad manifesta».

-Más vale que busques «impertinencia grosera» y que alivies tu mente. ¿Para qué me hace falta el dinero?

-¡Ah, esa es otra cuestión!

Pemberton dudó... sentía impulsos diversos. La manera severa y correcta de actuar habría consistido en decirle al niño que aquel asunto no era de su incumbencia y que siguiera traduciendo. Pero la relación que mantenían era demasiado estrecha como para hacer una cosa así; no era el modo en que estaba acostumbrado a tratarle; no había habido razón para que así fuera. Por otra parte, lo que Morgan había dicho era totalmente cierto... en realidad no le hubiera resultado posible seguir ocultándoselo durante mucho tiempo; así pues ¿por qué no hacerle saber los motivos verdaderos que tenía para abandonarle? Al mismo tiempo no era decente hablarle mal

a un alumno de la propia familia del alumno; antes que eso más valía desvirtuar las cosas. Así que, en respuesta a la última exclamacion de Morgan, afirmó, a fin de zanjar la cuestión, que había recibido varias pagas.

-¡Ya, ya! -exclamó el niño, riéndose.

-Es suficiente -insistió Pemberton-. Dame tu traducción escrita.

Morgan le pasó el cuaderno desde el otro lado de la mesa y su acompañante inició la lectura de la página, pero algo le daba vueltas en la cabeza, impidiéndole encontrar sentido a lo que leía. Al cabo de un par de minutos alzó la vista y se encontró con los ojos del niño clavados en él y detectó en ellos algo extraño. Entonces Morgan dijo:

-No me da miedo la realidad.

-Todavía no he visto ninguna cosa que te dé miedo. ¡Te hago justicia al decir esto!

Se lo dijo de sopetón (era perfectamente cierto) y a Morgan le causó un placer evidente.

-He pensado mucho en ello -dijo Morgan enseguida.

-Pues no lo pienses más.

El niño al parecer obedeció y se pasaron una hora cómoda e incluso divertida. Sostenían la teoría de que eran muy concienzudas y, sin embargo, siempre parecía que se encontraban en la parte divertida de las lecciones, en los intervalos que hay entre los túneles, donde siempre hay panoramas al borde del camino. No obstante, la mañana tuvo un final violento cuando Morgan, apoyando de repente los brazos en la mesa, hundió la cabeza entre los mismos y estalló en lágrimas. Pemberton se hubiera sobresaltado de todos modos; pero se sintió doblemente sobresaltado porque, y reparó en ello entonces, era la primera vez que veía llorar al niño. Fue espantoso:

Al día siguiente; después de pensarlo mucho, adoptó una decisión y, creyendo que era justa, inmediatamente la llevó a cabo. Arrinconó de nuevo al señor y a la señora Moreen y les comunicó que si no le pagaban todo lo que le debían en aquel mismo momento, no sólo se iría de su casa sino que también le diría a Morgan el motivo exacto que le llevaba a hacerlo.

-Ah, ¿es que no se lo ha dicho? -exclamó la señora Moreen con una mano pacificadora descansando en su bien vestido regazo.

-¿Sin advertírselo a ustedes? ¿por quién me toman? El señor y la señora Moreen se miraron y Pemberton se dio cuenta de que sentían alivio y de que en su alivio había cierta alarma.

-Mi querido amigo -preguntó el señor Moreen- ¿qué uso podría usted darle a tanto dinero, siendo tan tranquila la vida que llevamos?

Pemberton no respondió a aquella pregunta, ocupado como estaba en comprender que lo que pasaba por la cabeza de sus patronos era algo parecido a esto: «Oh, entonces si, por la manera en que nos mira, nosotros creíamos que el niño, angelito querido, nos había juzgado, y, siendo así que no nos ha delatado nadie, entonces tiene que haber llegado él solo a esa conclusión... y, en resumidas cuentas... ¡es algo que se nota!» Idea esta que conmovió bastante a los señores Moreen, cosa que Pemberton deseaba. Al mismo tiempo, si había supuesto que su amenaza iba a servir de algo en cuanto a convencerles, se sintió decepcionado al descubrir que daban por hecho (¡en qué poco valoraban su delicadeza!) que ya los habría descubierto a los ojos de su alumno. Anidaba una oscura inquietud en su fuero interno de padres y eso explicaba sus suposiciones. No obstante, la amenaza del tutor los conmovió pues, si bien habían escapado, era tan sólo para enfrentarse a un nuevo peligro. El señor Moreen, como de costumbre, apeló a Pemberton en su calidad de hombre de mundo; pero su esposa recurrió por vez primera desde la llegada del joven a un elegante *hauteur* recordándole que una madre devota de su hijo tenía a su disposición artes que la protegían de las groseras deformaciones de la realidad:

-¡Sería una grosera deformación de la realidad que yo la acusara de ser de una honradez común! -contestó el joven; pero cuando cerraba bruscamente la puerta tras de sí, pensando que no se había hecho mucho bien a sí mismo, mientras el señor Moreen gritaba a sus espaldas con ánimo más conmovedor:

-¡Pues hágalo, hágalo, póngame un cuchillo en la garganta!

A la mañana siguiente, muy temprano ella acudió a su habitación. Pemberton reconoció su forma de llamar pero no tenía ninguna esperanza de que le trajera dinero con respecto a lo cual se equivocaba; pues la señora Moreen llevaba cincuenta francos en la mano. Entró en bata y él la recibió vestido con otra prenda de la misma naturaleza, en el espacio que mediaba entre la bañera y la cama. A aquellas alturas ya estaba tolerablemente habituado a las «costumbres extranjeras» de sus anfitriones. La señora Moreen era una persona vehemente y cuando se dejaba llevar por la vehemencia de su carácter, no se fijaba en lo que hacía; de modo que en aquel momento, como las ropas de Pemberton ocupaban las

sillas, se sentó en la cama de éste y, en medio de la preocupación que sentía, se olvidó, cuando echó una ojeada en torno a sí, de sentirse avergonzada por haberle

dado al tutor de su hijo aquella habitación tan deplorable. Lo que había despertado la vehemencia de la señora Moreen en aquella ocasión era el deseo de convencer al joven en primer lugar de que era muy bondadosa por traerle cincuenta francos y, en segundo lugar, de que, si se fijaba, era totalmente absurdo esperar que le pagaran. ¿Es que no se sentía bien pagado (dejando a un lado el sempiterno dinero) disfrutando de aquella casa cómoda y lujosa con todos ellos, sin ninguna preocupación, sin ninguna inquietud, sin una sola necesidad? ¿no gozaba de una posición segura? ¿no era aquello todo para un joven como él, un joven completamente desconocido, que tenía singularmente poco que ofrecer y sí unas pretensiones que no resultaba fácil descubrir en qué se basaban? Y por encima de todo ¿no se sentía suficientemente bien pagado por la relación maravillosa que había entablado con Morgan (la relación ideal entre un maestro y su discípulo) y por el mero privilegio de conocer y vivir con un niño tan asombrosamente dotado, compañía que (y lo decía firmemente convencida) no la había mejor en toda Europa? La señora Moreen se dirigía a él como hombre de mundo; le decía «*Voyons, mon cher*» y «Fíjese en esto, distinguido señor», y le instaba a ser razonable, exponiéndole que en realidad aquella era una oportunidad que se le brindaba. Hablaba como si en la medida en que Pemberton fuera razonable, demostraba ser digno del honor de ser el tutor de su hijo, así como de la extraordinaria confianza que depositaban en él.

Después de todo, pensó Pemberton, era una mera diferencia de teorías, y las teorías no contaban mucho. Hasta entonces habían probado la teoría del servicio remunerado y a partir de ahora probarían la del servicio gratuito; ¿pero por qué habían de malgastar tantas palabras en ello? Sin embargo, la señora Moreen persistía en su empeño de convencerle; sentada allí, con los cincuenta francos en la mano, hablaba y se repetía como se repiten las mujeres, aburriéndole e irritándole, mientras él escuchaba apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos de la bata, juntándola en torno a las piernas y mirando por encima de la cabeza de su visitante los recuadros grises de la ventana. La señora Moreen concluyó diciendo:

-En fin, vengo con una propuesta concreta.

-¿Una propuesta concreta?

-Regularizar nuestras relaciones por decirlo así... aventarlas sobre una base cómoda.

-Ya entiendo... es un sistema -dijo Pemberton-. Una especie de chantaje.

La señora Moreen se puso rígida, que era lo que el joven quería.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Usted utiliza el miedo que uno siente... miedo de lo que le ocurriría al niño si uno se fuera.

-Y, dígame, por favor, ¿qué le ocurriría al niño si se diera ese supuesto? -preguntó la señora Moreen con aire majestuoso.

-Pues que se quedaría solo con ustedes.

-Y, dígame, por favor ¿con quién debería estar un niño si no es con las personas a las que más quiere?

-Si eso es lo que piensa ¿por qué no me despide?

-¿Pretende dar a entender que le quiere a usted más que a nosotros? -preguntó la señora Moreen.

-Creo que debería ser así. Yo me sacrifico por él. Aunque he oído hablar de los sacrificios que hacen ustedes, yo no los he visto.

La señora Moreen le miró fijamente un momento; después, emocionadamente, cogió a Pemberton de la mano.

-¿Querrá usted hacerlo... el sacrificio?

Pemberton estalló en una carcajada.

-Ya veré... haré lo que pueda... me quedaré un poco más. Su cálculo es acertado: efectivamente, me resulta sumamente odiosa la idea de dejar al niño; le tengo cariño y me interesa mucho, a pesar de los inconvenientes por los que paso. Usted conoce perfectamente la situación; no tengo ni un triste céntimo y, ocupado como estoy con Morgan no puedo ganar dinero.

La señora Moreen se dio unos golpecitos en su desvestido brazo con el billete de banco doblado.

-¿No quiere escribir artículos? ¿no puede traducir como hago yo?

-En cuanto a las traducciones, no sé. Las pagan miserablemente.

-Yo me alegro de ganar lo que puedo -dijo la señora Moreen con aire virtuoso y la cabeza alta.

-Debería decirme por quién lo hace -Pemberton hizo una pausa momentánea y ella no dijo nada, por lo que aquél prosiguió-: He intentado que me publicaran algunas cosas, pero las revistas no las aceptan... me las devuelven dándome las gracias.

-Ya ve entonces que no es usted ningún fénix como para tener esas pretensiones -dijo su interlocutora con una sonrisa.

-No tengo tiempo para hacer las cosas bien -prosiguió Pemberton.

Entonces, como si de repente se le ocurriera que dar aquellas explicaciones era de una buena voluntad casi

despreciable, añadió-: Si me quedo más tiempo ha de ser con una condición: que Morgan sepa claramente cuál es mi situación. La señora Moreen dudó.

-¿No será que quiere usted darse aires delante del niño?

-¿Se refiere a que quiero *airear* cómo son ustedes? La señora Moreen dudó nuevamente, pero esta vez fue para ofrecer una flor aún más delicada:

-¡Y es usted el que habla de chantaje!

-Puede evitarlo fácilmente -dijo Pemberton.

-Y es usted el que habla de utilizar el miedo -prosiguió la señora Moreen.

-Sí, no hay duda ninguna de que soy un grandísimo sinvergüenza.

La mujer lo miró un momento; era evidente que se sentía profundamenta molesta.

-El señor Moreen quiere que le dé esto a cuenta.

-Se lo agradezco mucho al señor Moreen; pero no tenemos ninguna cuenta.

-¿No quiere cogerlo?

-Así soy más libre -dijo Pemberton.

-¿Para envenenar la mente de mi hijo querido? -dijo la señora Moreen con voz quejumbrosa.

-¡Oh, la mente de su hijo querido! -dijo el joven riéndose.

Ella clavó en él la mirada un momento y Pemberton pensó que iba a tener un estallido tormentoso y suplicante: «Por el amor de Dios, ¡dígame qué hay en su mente!». Pero la señora Moreen refrenó aquel impulso... sintió otro más poderoso. Se guardó el dinero en el bolsillo -la crudeza de la alternativa resultaba cómica y salió apresuradamente de la habitación, haciendo una concesión desesperada:

-¡Puede contarle todos los horrores que quiera!

VI

Un par de días después de aquello, durante los cuales Pemberton no se benefició del permiso que le concediera la señora Moreen para contarle a su hijo los horrores que quisiera, llevaban tutor y alumno un cuarto de hora paseando en silencio cuando el niño volvió a mostrarse comunicativo, haciendo la siguiente observación:

-Le diré cómo es que lo sé; lo sé por Zénobie.

-¿Zénobie? ¿Y quién diablos es Zénobie?

-Una niñera que tenía antes, hace muchísimos años. Una mujer encantadora. Me gustaba muchísimo, y yo a ella.

-Sobre gustos no hay nada escrito. ¿Qué es lo que sabes por ella?

-Pues cuál es la idea que tienen mis padres. Se fue porque no le pagaban. Me quería mucho y se quedó dos años. Me lo contó todo; ya nunca le pagaban su sueldo. En cuanto se dieron cuenta de que me había cogido mucho cariño dejaron de darle nada. Pensaron que se quedaría a cambio de nada, por afecto. Y se quedó muchísimo tiempo... todo el tiempo que pudo. Era una muchacha pobre. Le mandaba dinero a su madre. Al final ya no pudo seguir en aquella situación y se marchó una noche, espantosamente enfadada; quiero decir, por supuesto, enfadada con ellos. Me cogió y se echó a llorar de un modo tremendo, me abrazaba tan fuerte que casi me aplasta. Me lo contó todo -repitió Morgan-. Me contó qué idea tenían mis padres. Por eso pienso, desde hace mucho tiempo, que habrán tenido la misma idea con usted.

-Zénobie era muy perspicaz -dijo Pemberton-. Y te lo pegó a ti.

-Oh, eso no fue cosa de Zénobie; fue la naturaleza. ¡Y la experiencia! -rió Morgan.

-Bueno, Zénobie formó parte de tu experiencia.

-¡Sin duda yo formé parte de la suya, pobrecilla! -exclamó el niño-. Y formó parte de la de usted.

-Una parte muy importante. Pero no sé de dónde sacas que me tratan como a Zénobie.

-¿Me toma por un idiota? -preguntó Morgan-. ¿Es que no soy consciente de lo que hemos pasado juntos?

-¿Qué hemos pasado?

-Privaciones... días oscuros.

-Oh, los días que hemos pasado juntos han sido bastante brillantes.

Morgan guardó silencio un momento. Después dijo:

-Querido tutor ¡es usted un héroe!

-¡Y tú otro! -replicó Pemberton.

-No, no lo soy; pero no me chupo el dedo. No quiero seguir aguantando esto. Debe usted encontrar alguna ocupación remunerada. ¡Me siento avergonzado! -dijo el niño con una vocecilla temblorosa y apasionada que

conmovió profundamente a Pembercon.

-Deberíamos escaparnos e irnos a vivir juntos a alguna parte -dijo el joven.

-Si me lleva con usted iría a ciegas.

-Yo conseguiría algún trabajo que nos mantuviera a flote -prosiguió Pemberton.

-Yo también. ¿Por qué no habría de trabajar yo? ¡no soy ningún *crétin*!

-La dificultad estriba en que tus padres no querrían ni oír hablar de ello -dijo Pemberton-. Jamás se separarían de ti; veneran el suelo que pisas. ¿No ves las pruebas que dan de ello? No les caigo mal; no me desean ningún mal; son una gente muy amable; pero están perfectamente dispuestos a tratarme mal por tu bien.

El silencio con que Morgan reaccionó ante aquel sofisma sutil le pareció a Pemberton, por alguna razón, muy expresivo. Un momento después Morgan repitió:

-¡Es usted un héroe! -y a continuación agregó-: Me ponen totalmente en sus manos. Depositan en usted toda la responsabilidad. Me dejan con usted de la mañana a la noche. ¿Por qué, entonces, habrían de oponerse a que se encargara totalmente de mí? Yo le ayudaría.

-No se sienten especialmente deseosos de que se me ayude y les encanta pensar que les perteneces. Están enormemente orgullosos de ti.

-Yo no me siento orgulloso de ellos. Pero eso ya lo sabe usted -repuso Morgan.

-Exceptuando el asunto que estamos tratando son una gente encantadora -dijo Pemberton, sin asumir la imputación de lucidez que se le hacía, si bien se quedó muy pensativo por las muestras que de aquella cualidad daba el niño, especialmente por esta última muestra, que le hizo recordar algo que ya advirtió desde el principio: el rasgo más extraño que formaba parte de la grandiosa y pequeña personalidad del niño, un temperamento, una sensibilidad, incluso una especie de ideal que le hacía guardar un rencor soterrado hacia la forma de ser que tenía en general su familia. Morgan poseía un secreto, una pequeña dosis de altanería que engendraba un elemento de reflexión, un desdén doméstico que no le pasaba desapercibido a su tutor (aunque jamás hablaban de ello) que era absolutamente anómalo en una naturaleza juvenil, especiamente cuando uno se daba cuenta de que aquello no había vuelto su naturaleza «anticuada» -escogiendo un término adecuado para un niño. No había enrarecido su naturaleza ni la había agostado ni la había convertido en algo ofensivo. Era como si Morgan fuera un pequeño caballero y hubiera pagado un precio por descubrir que

él era la única persona así en el seno de su familia. La comparación no le envaneció, pero podía volverle melancólico y ligeramente austero. Cuando Pemberton adivinó aquellos puntos oscuros, propios de la edad, vio a Morgan como alguien serio y valeroso, sintiéndose al mismo tiempo atraído y paralizado, como si tuviera algún escrúpulo, por el encanto que suponía intentar sondear las frías honduras de su alma, que si bien tenía aún poca profundidad, iba ganándola rápidamente. Cuando intentó representarse el escrúpulo matutino de la niñez, a fin de tratarlo de un modo seguro, se dio cuenta de que era imposible fijarlo, de que tenía un carácter eternamente cambiante; de que la ignorancia, en el instante en que uno la toca, ya se arrebola tenuemente de conocimiento; de que no había ninguna cosa de la que en un momento dado pudiera decirse que un niño inteligente no la sabía. Le daba la impresión de que sabía demasiado como para entender la sencillez de Morgan y al mismo tiempo demasiado poco como para desenredar la maraña de su personalidad.

El niño hizo caso omiso del último comentario de Pemberton; simplemente siguió diciendo:

-Hace mucho que debería haber hablado con ellos de tu idea, como yo la llamo, sólo que estoy seguro de lo que me habrían dicho.

-¿Qué te habrían dicho?

-Exactamente lo mismo que dijeron de lo que me había contado la pobre Zénobie; que era una historia odiosa y horrible, que le habían pagado hasta el último céntimo que le debían.

-Bueno, a lo mejor era verdad -dijo Pemberton.

-¡A lo mejor es verdad que le han pagado a usted!

-Hagamos como que así es y *n'en parlons plus*.

-La acusaron de ser una mentirosa y una estafadora -insistió Morgan con perversidad-. Por eso no quiero hablarles de ello.

-¿Para que no me acusen a mí también?

Morgan no respondió a esto y su acompañante, mirándole (el niño había apartado la vista, pues se le agolpaban las lágrimas), comprendió que su pupilo no habría sido capaz de decir nada sin perder el control.

-Tienes razón. No los agobies -prosiguió Pemberton-. Exceptuando eso, son gente encantadora.

-Exceptuando que son *ellos* los mentirosos y los estafadores.

-¡Ya, ya! -exclamó Pemberton, remedando una muletilla del niño que era a su vez un remedo.

-Tenemos que ser francos hasta el fin; es completamente necesario que lleguemos a un entendimiento -dijo Morgan, dándose importancia, como hacen los niños que creen estar arreglando grandes cuestiones, casi como si estuvieran jugando a los indios o a los naufragios-. Estoy al corriente de todo -añadió.

-Tal vez tu padre tenga sus razones -comentó Pemberton con excesiva vaguedad, de la cual era consciente.

-¿Para mentir y estafar?

-Para hacer economías y llevar las cosas a su modo y darle a los medios que tiene el mejor destino posible. Necesita el dinero para muchas cosas. Sois una familia que sale muy cara.

-Sí, yo salgo muy caro -respondió Morgan de un modo que hizo reír a su preceptor.

-Economiza por ti -dijo Pemberton-. Te tienen en cuenta para todo lo que hacen.

-Pues podía economizar un poco de... -el muchacho hizo una pausa. Pemberton aguardó para ver qué era lo que debía economizar el padre. Entonces Morgan dijo algo extraño:- un poco de reputación.

-Oh, de eso hay mucho. ¡No hay problema!

-Para la gente que conocen hay bastante, no cabe duda. Conocen a una gente horrible.

-¿Te refieres a los príncipes? No debemos hablar mal de los príncipes.

-¿Por qué no? No se han casado con Paula; no se han casado con Amy. Todo cuanto hacen es desplumar a Ulick.

-¡Pues sí que es verdad que lo sabes todo! -exclamó Pemberton.

-No; a fin de cuentas no lo sé. ¡No sé de qué vive mi familia ni cómo vive ni por qué vive! ¿Qué tienen y cómo lo consiguen? ¿Son ricos, son pobres y tienen una *modeste aisance*? ¿Por qué están siempre dando bandazos, viviendo un año como embajadores y el siguiente como mendigos? ¿Quiénes son en fin, y qué son? He pensado en todo eso. He pensado en muchas cosas. Son tan desmesuradamente mundanos. Eso es lo más odioso de todo... oh, ¡qué espectáculo! Lo único que les importa es aparentar y hacerse pasar por esto y por lo otro. ¿Qué quieren aparentar que son? ¿Qué, señor Pemberton?

-Haz una pausa para que te conteste -dijo Pemberton, fingiendo tomarse el interrogatorio a broma, aunque él también se preguntaba aquellas cosas y se había quedado profundamente impresionado por la aguda, si bien imperfecta, visión que el niño tenía de todo aquello-. No tengo ni la menor idea.

-¿Y de qué les sirve? ¿Es que no ha visto cómo los trata la gente? La gente «de valía», los que ellos quieren conocer. Aceptarían cualquier cosa de ellos... se tumbarían en el suelo y se dejarían pisotear. A la gente de valía eso le resulta odioso... mis padres los enferman. Usted es la única persona de verdadera valía que conocemos.

-¿Estás seguro? ¡Tus padres no se echan al suelo para que yo les pase por encima!

-Bueno, tampoco quiero que se eche usted al suelo para que pasen por encima ellos. Usted tiene que marcharse... eso es lo que tiene que hacer -dijo Morgan.

-¿Y qué va a ser de ti?

-Oh, yo estoy creciendo. Me quitaré de enmedio dentro de no mucho tiempo. Más adelante volveré a verle a usted.

-Sería mejor que me dejaras acabarte -le instó Pemberton, prestándose a aceptar los términos del planteamiento extraordinariamente lúcido que había desarrollado el niño.

Morgan dejó de caminar y alzó la vista hacia su tutor. Tenía que alzar la vista mucho menos que hacía dos años; enjuto y desgarbado, el niño había crecido y estaba muy alto y delgado.

-¿Acabarme? -repitió.

-Todavía nos quedan muchas cosas divertidas que podemos hacer juntos. Deseo culminar mi labor contigo... deseo ganar crédito contigo.

-Desea que dé crédito a lo que dice... ¿es eso lo que quiere decir?

-Querido muchacho, eres demasiado inteligente para seguir con vida.

-Eso es precisamente lo que me temo que piensa usted. No, no; no está bien:.. no puedo soportarlo. Nos separaremos la semana que viene. Cuanto antes se acabe esto, antes podré descansar.

-Si sé de algo... de alguna otra oportunidad te prometo que me iré -dijo Pemberton.

Morgan consintió en tomar aquello en consideración.

-Pero será honrado -exigió-; si sabe de algo no fingirá.

-Es mucho más probable que finja saber algo.

-¿Pero de qué va a enterarse estando así, metido en un agujero con nosotros? Debería estar sobre el terreno, irse a Inglaterra... debería irse a los Estados Unidos.

-¡Cualquiera diría que eres mi tutor! -dijo Pemberton.

Morgan siguió caminando y al cabo de un momento continuó hablando.

-Bueno, ahora ya sabe que yo sé; afrontamos los hechos y no ocultamos nada ¿no resulta mucho más cómodo así?

-Querido muchacho, es tan divertido, tan interesante, que seguramente me resultará completamente imposible renunciar a unas horas como las que hemos pasado juntos.

Esto hizo que Morgan volviera a detenerse una vez más.

-Pero usted está ocultando algo. Oh, no es usted franco. ¡Yo sí!

-¿Por qué no soy franco?

-¡Oh, usted también tiene su propia idea!

-¿Mi propia idea?

-Pues que probablemente no sobreviviré y que podrá aguantar hasta que yo falte.

-¡Efectivamente eres demasiado inteligente para seguir con vida! -repitió Pemberton.

-Esa es una idea ruín -prosiguió Morgan-. Pero se la haré pagar mientras aún me queden fuerzas.

-¡Andate con cuidado, no vaya a envenenarte! -dijo Pemberton riéndose.

-Cada año estoy mejor y más fuerte. ¿No ha reparado en que no ha habido ningún médico cerca de mí desde que llegó usted?

-Yo soy tu médico -dijo el joven, cogiéndole del brazo y acercándolo junto a sí de nuevo.

Morgan siguió andando y unos pasos después exhaló un suspiro en el que se entremezclaban alivio y cansancio.

-Ah, ahora que afrontamos los hechos, todo está bien.

VII

Después de aquello se pasaron mucho tiempo afrontando los hechos, y una de las primeras consecuencias de tal actitud fue que Pemberton siguió aguantando, por decirlo así, a tal efecto. Morgan hacía que los hechos resultaran tan vívidos y divertidos por un lado, y tan feos y faltos de relieve por otro, que era fascinante comentarlos con él, del mismo modo que hubiera sido inhumano dejarlo a solas con ellos. Ahora que compartían tantas impresiones no tenía sentido que ninguno de los dos fingiera no juzgar a aquella gente; pero el mismo hecho de juzgarlos y el intercambio de impresiones creó otro vínculo. Morgan jamás había resultado tan interesante como ahora que él mismo se hacía más accesible merced a la luz que sobre su personalidad arrojaban aquellas confidencias. Lo que se hizo más palpable fue el daño que le hacía su orgullo tan característico. A Pemberton le daba la

sensación de que el daño era mucho, tanto que tal vez no fuera negativo el hecho de que hubiera sufrido algunos impactos a una edad muy temprana. A Morgan le hubiera gustado que su gente fuera más gallarda, y hubo de experimentar demasiado pronto la sensación de que su familia estaba perpetuamente reconociendo errores. Su madre tenía una inmensa capacidad para hacerlo y su padre aún más que su madre. Sospechaba que Ulick se había librado por los pelos de un «asunto» en Niza; una noche hubo en casa mucho revuelo y un pánico considerable, después de lo cual todos se fueron a la cama y cargaron con las consecuencias; no cabía otra suposición. Morgan tenía una imaginación romántica, que se nutría de poesía y de historia, y le hubiera gustado que quienes «llevaban su nombre» (como le decía a Pemberton, haciendo gala de aquel humor que hacía de su sensibilidad algo tan adulto) tuvieran más arrestos. Pero lo único en que pensaban era en conocer a gente que no necesitaba de ellos y tomarse los desaires como si fueran honrosas cicatrices. Por qué la gente no tenía una mayor necesidad de ellos, Morgan no lo sabía: eso era asunto de la gente. Después de todo, en un trato superficial no resultaban repulsivos; eran cien veces más inteligentes que la mayor parte de aquellos personajes tediosos, aquella «pobre gente bien»» detrás de la que iban corriendo por toda Europa.

-Después de todo resultan divertidos, ¡eso es indudable! -solía decir Morgan con sabiduría ancestral. A lo cual Pemberton siempre replicaba:

-¿Divertida la gran *troupe* de los Moreen? ¡Pues claro! Son de lo más delicioso; y si no fuera porque tú y yo somos un estorbo (¡somos tan malos a la hora de actuar!) para el *ensemble*, irían con todas las cosas por delante.

Lo que el muchacho no era capaz de superar era que aquella lacra en particular le parecía totalmente inmerecida y arbitraria en el seno de una tradición caracterizada por la dignidad. Sin duda alguna la gente tiene derecho a elegir la línea de conducta que prefiera; pero ¿por qué razón había elegido su gente la línea del arribismo, la adulación, la mentira y la estafa? Sus antepasados (todos ellos personas de bien hasta donde Morgan alcanzaba a saber) ¿qué le habían hecho a su familia? ¿Qué les había hecho él? ¿Quién les había envenenado la sangre con aquel ideal de quinta categoría, la idea fija de conocer a gente distiguida e introducirse en el *monde chic*, sobre todo teniendo en cuenta que estaban de antemano condenados a fracasar y

a quedar en evidencia? Dejaban ver tan a las claras lo que buscaban; ésa era la razón por la que la gente los rechazaba. Y nunca tenían un gesto de dignidad, nunca les aguijoneaba la vergüenza cuando se miraban a la cara, nunca se mostraban ofendidos, asqueados, independientes de los demás. ¡Si por lo menos su padre o su hermano le hicieran morder el polvo a alguien un par de veces al año! Con todo lo inteligentes que eran jamás se daban cuenta de la imagen que daban. Tenían buen fondo, sí ¡tan buen fondo como los judíos que están a la puerta de las tiendas de ropa! Pero ¿era aquél el modelo deseable para que lo imitara su propia familia? Morgan conservaba vagos recuerdos de su abuelo materno, en New York; lo habían llevado al otro lado del océano para que lo conociera, cuando tenía cinco años. Era un caballero que usaba cuello de camisa alto y que pronunciaba las palabras con mucho énfasis; por las mañanas se vestía de frac, lo cual le hacía a uno preguntarse qué se pondría por la noche; tenía, o se suponía que tenía, «propiedades» y alguna relación con la Sociedad Bíblica. Irremediablemente tenía que ser buena persona. El mismo Pemberton recordaba a la señora Clancy, hermana del señor Moreen, viuda, tan irritante como un cuento moralizante, que había hecho una visita de quince días a la familia en Niza poco después de que él se fuera a vivir con ellos. Era «pura y refinada» -como dijo Amy, con el banjo en el regazo- y daba la impresión de no saber en qué consistía el juego de la familia y de que ocultaba algo. Pemberton pensó que ocultaba su desaprobación hacia muchas de las cosas que hacía la familia; había que suponer por tanto que también ella era buena persona y que al señor y a la señora Moreen, a Ulick, a Paula y a Amy les hubiera resultado fácil ser mejores, de haberlo querido.

Pero cada día que pasaba se veía más claramente que no querían. Seguían «medrando», como decía Morgan, y cuando llegó el momento tomaron conciencia de que había una serie de razones por las que era conveniente ir a Venecia. Mencionaron muchas y siempre eran llamativamente francos y su conversación era de lo más animada y entrañable, especialmente cuando desayunaban tarde, a la usanza extranjera, antes de que las damas se hubieran maquillado el rostro; entonces, apoyados los brazos en la mesa, tomaban algo a continuación de la *demi-tasse*, y en el calor de la discusión familiar acerca de lo que «en realidad debieran hacer», indefectiblemente recurrían a los idiomas en los que se podían *tutoyer*. En aquellos momentos le eran gratos incluso a Pemberton; hasta Ulick le resultaba soportable, cuando con su vocecilla monótona hablaba de la «dulce ciudad marina».

Aquello era lo que le hacía sentir por ellos una secreta simpatía, que fueran tan ajenos al mundo cotidiano y lograran que él también lo fuese. Ya se había esfumado el verano cuando, entre exclamaciones de éxtasis, salieron todos al balcón que daba al Gran Canal; las puestas de sol eran espléndidas... habían llegado los Dorrington. Los Dorrington fueron la única razón de la que no hablaron en los desayunos; pero las razones de las que no hablaban en los desayunos siempre acababan por salir a la luz. Los Dorrington, por el contrario, salían muy poco; y cuando no era así, cuando salían, se pasaban -como es natural- horas fuera. Durante aquellos períodos había ocasiones en que la señora Moreen y sus hijas se presentaban en su hotel (para ver si habían vuelto) hasta tres veces consecutivas. La góndola era para las damas, pues en Venecia también había «días»: la señora Moreen se los había aprendido por orden una hora después de llegar. Ella celebró inmediatamente uno, al cual no se presentaron los Dorrington. No obstante, en cierta ocasión, estando Pemberton y su alumno juntos en San Marcos (en Venecia dedicaron muchísimo tiempo a visitar cientos de iglesias y dieron los mejores paseos de su vida) vieron aparecer al anciano lord en compañía de Ulick y el señor Moreen, quienes le enseñaron la umbría basílica como si fuera de su propiedad. Pemberton reparó en que, en medio de las curiosidades del lugar, Lord Dorrington se conducía con un aire mucho menos mundano de lo propio en él; el joven tutor se preguntó si sus acompañantes le cobrarían algo al aristócrata por los servicios que le estaban prestando. En todo caso, el otoño se esfumó; los Dorrington se fueron y Lord Verschoyle, el hijo mayor, no le había propuesto matrimonio ni a Amy ni a Paula.

Un día triste de noviembre, mientras el viento rugía en torno al viejo palacio y la lluvia azotaba la laguna, Pemberton, para hacer ejercicio y un poco también porque tenía frío (los Moreen eran horriblemente frugales cuando se trataba de encender fuegos, lo cual hacía sufrir al joven que compartía su vivienda), se paseaba de un extremo a otro de la gran *sala* desnuda, en compañía de su alumno. El suelo de escayola estaba frío, los altos y desvencijados marcos de las ventanas temblaban en medio de la tormenta y no había un solo mueble que paliara el deterioro majestuoso del lugar. Pemberton se encontraba decaído y le daba la impresión de que la fortuna de los Moreen se hallaba en aquellos momentos más decaída aún. Una ráfaga de desolación, una profecía que anunciaba la desgracia y el desastre parecía barrer aquella estancia despojada de comodidades. El señor Moreen y

Ulick estaban en la Piazza a la espera de que ocurriera algo, paseando cansinamente bajo los soportales, vestidos con impermeable; aún así, pese a los impermeables, se advertía sin lugar a dudas que eran hombres de mundo. Paula y Amy estaban en la cama; hubiera cabido pensar que no se levantaban para mantener el calor. Pemberton miró de reojo al muchacho que tenía a su lado, para ver hasta qué punto era consciente de aquellos

portentos. Pero en aquellos momentos Morgan, afortunadamente para él, sobre todo era consciente de que cada vez estaba más alto y más fuerte, y de que ya había cumplido los quince años. Este dato era de una gran relevancia para él, pues era el fundamento en que se basaba una teoría personal (que, no obstante, le había comunicado a su tutor) según la cual dentro de poco sería capaz de valerse por sí mismo. Pensaba que la situación iba a cambiar, en una palabra, que pronto habría acabado su formación; que ya sería adulto, podría presentarse al mundo y estaría en condiciones de demostrar su gran valía. Pese a la agudeza con que a veces era capaz de analizar las circunstancias que lo rodeaban, había horas felices en las que era tan superficial como un niño; prueba de ello era su firme creencia de que en breve iría a Oxford, al *college* de Pemberton donde, con la ayuda de éste, haría cosas maravillosas. A Pemberton le apenaba ver lo poco que tomaba en consideración para semejante proyecto las disponibilidades y medios a su alcance, sobre todo teniendo en cuenta lo escéptico que era al respecto cuando se trataba de otros asuntos. Pemberton trataba de imaginarse a los Moreen en Oxford, afortunadamente sin conseguirlo; sin embargo, a menos que toda la familia se trasladara allí, Morgan no dispondría de un *modus vivendi*. ¿Cómo iba a vivir sin recursos y de dónde saldrían dichos recursos? El, Pemberton, podía vivir de Morgan, pero ¿cómo iba a vivir Morgan de él? En todo caso ¿qué iba a ser de él? Por alguna razón que no estaba clara, el hecho de que ya fuera un muchacho crecido y con perspectivas de que su salud mejorara añadía dificultad al interrogante de su futuro. En la medida que era delicado, la consideración que inspiraba parecía ser suficiente respuesta. Pero en el fondo de su corazón, Pemberton reconocía que el muchacho probablemente iría lo bastante fuerte para seguir con vida, pero no para desarrollarse satisfactoriamente. De todos modos, en cuanto al propio Morgan estaba pasando por una etapa de lozanía natural y juvenil; de modo que el batir de la tempestad le parecía sencillamente la voz de la vida y el desafío del destino. Llevaba puesto un abrigo raído que le quedaba pequeño, con el cuello subido, pero estaba disfrutando del paseo.

El paseo se vio finalmente interrumpido por la aparición de la madre del muchacho en un extremo de la *sala*. Le hizo a Morgan señas para que se acercara a ella. Pemberton observó con complacencia cómo su discípulo se perdía en la lejanía de la perspectiva que tenía ante sí, caminando sobre la humedad del falso mármol, en tanto se preguntaba qué sucedería. La señora Moreen le dijo algo al muchacho, haciéndole entrar en la habitación de la que

acababa de salir ella. A continuación, cuando su hijo hubo cerrado la puerta tras de sí, dirigió sus pasos con presteza hacia Pemberton. Efectivamente, algo sucedía, pero ni el más delirante vuelo de su fantasía hubiera podido imaginar lo que resultó ser. La señora Moreen le indicó que había buscado un pretexto para que Morgan no estuviera presente y acto seguido le preguntó al joven -sin la menor vacilación- si podía prestarle sesenta francos. Antes de estallar en una carcajada se quedó mirándola con sorpresa, mientras ella le comunicaba que le hacía falta el dinero urgentísimamente; tenía una necesidad desesperada de conseguirlo... le iba la vida en ello.

-Mi querida señora, *c'est trop fort!* -dijo Pemberton entre risas-. Pero por Dios, ¿de dónde supone usted que voy a sacar sesenta francos? *du train dont vous allez*?

-¿Creí que trabajaba usted, que escribía cosas; ¿es que no le pagan?

-Ni un céntimo.

-¿Es usted tan tonto como para trabajar por nada?

-Eso debería saberlo usted muy bien.

La señora Moreen le miró fijamente un instante y luego enrojeció levemente. Pemberton se dio cuenta de que su interlocutora se había olvidado por completo de cuál era el pago (es decir, que no hubiera ninguno) que finalmente él había aceptado recibir de ella; aquello pesaba tan poco sobre la memoria de la señora Moreen como sobre su conciencia.

-Ah, sí, ya entiendo lo que quiere decir... ha sido usted muy amable en cuanto a eso; pero ¿por qué volver sobre ello con tanta frecuencia?

Ella se había mostrado perfectamente correcta con Pemberton después de la violenta escena aclaratoria que tuvo lugar en el dormitorio del joven la mañana que ella aceptó «pagar» el precio que Pemberton ponía: inexcusablemente, él le haría saber a Morgan la situación en que se encontraba. La señora Moreen no abrigó ningún resentimiento, una vez que vio que no había peligro alguno de que Morgan le echara en cara el asunto. Efectivamente, atribuyendo aquella inmunidad al buen gusto de la influencia que Pemberton ejercía sobre el muchacho, le dijo en una ocasión al primero:

-Amigo mío, es un inmenso alivio que sea usted todo un caballero.

Ahora, en sustancia, le vino a repetir lo mismo:

-Naturalmente, es usted todo un caballero... ¡cuántas molestias ahorra eso!

Pemberton le recordó que él no «había vuelto» sobre nada; y ella, a su vez, renovó la súplica de que le buscara sesenta francos donde fuera y como fuera. El se tomó la libertad de afirmar que si pudiera encontrarlos no sería para prestárselos a ella. (En esto era conscientemente injusto consigo mismo, pues sabía que si los tuviera se los pondría en la mano sin dudarlo.) En el fondo, y algo de verdad había en ello, el joven se acusaba a sí mismo de sentir una simpatía fantasiosa y desmoralizada hacia aquella mujer. Si es cierto que la pobreza da lugar a extrañas uniones, también lo es que da lugar a sentimientos extraños. Además era aquella desmoralización y el mal efecto general que tenía vivir con una gente así lo que le hacía dar contestaciones desabridas, olvidando por completo la tradición de los buenos modos.

-Morgan, Morgan, ¿hasta dónde he llegado por ti? -exclamó para sí, mientras la corpulenta señora Moreen se sumergía de nuevo en las profundidades de la *sala*, yendo a liberar a su hijo; al avanzar iba lamentándose con voz quejumbrosa de lo odiosísimo que era todo.

Antes de que el muchacho fuera liberado se oyó un golpe en la puerta que daba a la escalera, seguido de la aparición de un joven empapado que asomó la cabeza. Pemberton reconoció en él al portador de un telegrama y reconoció que el telegrama iba dirigido a él. Mientras Morgan regresaba, él, después de haber echado un vistazo a la firma (la de un amigo de Londres) leía estas palabras: «Te he encontrado empleo magnífico he llegado acuerdo des clases muchacho opulento condiciones ídem. Preséntate inmediatamente.» El mensajero aguardaba respuesta, la cual, afortunadamente, estaba pagada. Morgan que ya había llegado junto a ellos, también aguardaba, mirando fijamente a Pemberton; éste, al cabo de un momento, después de mirar a Morgan a los ojos, le entregó el telegrama. En realidad fue mediante un intercambio de miradas de inteligencia (tan bien se conocían) mientras el chico de telégrafos, que llevaba una capa impermeable formaba un gran charco en el suelo, como resolvieron el asunto. Pemberton escribió la respuesta a lápiz, apoyándose en los frescos de la pared, y el mensajero partió. Cuando se hubo ido, Pemberton le dijo a Morgan:

-Pediré unos honorarios elevadísimos; ganaré mucho dinero en poco tiempo y viviremos de eso.

-Bueno, espero que el muchacho opulento sea tonto... seguro que lo es... -dijo Morgan entre paréntesis- y que le retenga mucho tiempo.

-Por supuesto, cuanto más tiempo me retenga tanto más tendremos para la vejez.

-¡Pero imagínese que no le pagan! -sugirió Morgan malignamente.

-¡Oh, es imposible que exista otra...! -Pemberton se interrumpió cuando estaba a punto de emplear un término injurioso. En lugar de ello dijo-....otra situación como ésta.

Morgan se puso rojo y afluyeron lágrimas a sus ojos.

-*Dites toujours* otra partida de sinvergüenzas como ésta -a continuación, cambiando de tono, añadió: -¡Qué suerte tiene ese muchacho opulento! ¡Feliz él!

-Si es tonto, no.

-Oh, los tontos son más felices todavía. Pero no se puede tener todo ¿verdad? -dijo Morgan sonriendo.

Pemberton le puso las manos en los hombros.

-¿Qué va a ser de ti? ¿Qué vas a hacer? -pensó en la señora Moreen, que necesitaba sesenta francos desesperadamente.

-Me haré un hombre -y al punto, como si hubiera captado todos los matices que encerraba la alusión de Pemberton añadió:

-Me llevaré mejor con ellos cuando no esté usted aquí.

-Ah, no digas eso. ¡Suena como si yo te pusiera en contra de ellos!

-Y así es... con sólo verle. Está bien; ya sabe qué quiero decir. Estaré de maravilla. Me haré cargo de sus asuntos; casaré a mis hermanas.

-¡Tú sí que te vas a casar! -bromeó Pemberton, pues obviamente, en el momento de su separación lo más conveniente, o al menos lo más seguro, era simular en son de chanza un tono altanero, un tanto estirado.

Sin embargo, la pregunta que a continuación, repentinamente, le formuló Morgan, no estaba estrictamente dentro de aquel espíritu:

-Pero una cosa... ¿cómo va a llegar hasta su magnífico empleo? Tendrá que ponerle un telegrama al muchacho opulento para que le envíe el dinero que le permita acudir.

Pemberton pensó en ello.

-¿Eso no les haría gracia, verdad?

-Oh, ¡tenga cuidado con ellos!

Entonces Pemberton expuso su remedio:

-Iré a ver al cónsul de los Estados Unidos; le pediré que me preste algo de dinero... sólo para los pocos días que

tarde en llegar, apoyándome en el telegrama.

Morgan dijo, divertido:

-Enséñele el telegrama... ¡y después guárdese el dinero y quédese aquí!

Pemberton le siguió la broma respondiendo que por Morgan era muy capaz de hacer aquello; pero el muchacho se puso más serio y, para demostrar que hablaba en broma, no sólo le urgió a que acudiera al consulado (pues en el telegrama Pemberton le decía a su amigo que saldría aquella misma noche), sino que también insistió en acompañarle. Se abrieron camino chapoteando, tratando tortuosamente de sortear los charcos, cruzando los puentes gibosos. Atravesaron la Piazza, donde vieron al señor Moreen y a Ulick entrando en una joyería. El cónsul accedió (Pemberton dijo que no fue por el telegrama sino por el aire distinguido de Morgan); ya de vuelta, entraron en San Marcos y se pasaron diez minutos en silencio. Más adelante reanudaron la conversación y ya mantuvieron el tono divertido hasta el último momento. A Pemberton le pareció un elemento más dentro de aquel tono de diversión el hecho de que la señora Moreen, que se enfadó mucho cuando el joven le anunció sus intenciones, formulara la acusación grotesca y vulgar (haciendo alusión al préstamo que en vano había intentado conseguir) de que el preceptor huía porque tenía miedo de que le «sacaran» algo. Por el contrario, hubo de recordar con justicia que cuando llegaron, el señor Moreen y Ulick recibieron la cruel noticia como unos perfectos hombres de mundo.

VIII

Cuando Pemberton empezó a trabajar con el joven opulento el cual necesitaba que lo prepararan para ingresar en Balliol, Pemberton se dio cuenta de que no podía a ciencia cierta precisar si es que su alumno era idiota de verdad o si la culpa era suya y se lo parecía como consecuencia de su larga convivencia con una persona de corta edad que poseía una inteligencia desmesuradamente viva. Recibió noticias de Morgan media docena de veces: el muchacho le escribía unas cartas encantadoras y juveniles, un mosaico de idiomas que remataba con postcriptums indulgentes, redactados en el *Volapük* familiar; los pequeños cuadrados, círculos y grietas en blanco que el texto configuraba los llenaba de curiosísimas ilustraciones. Aquellas cartas dividían el ánimo de Pemberton: por un lado sentía el impulso de enseñárselas a su nuevo discípulo, a modo de incentivo que sabía de antemano desperdiciado; por otro, experimentaba la sensación de que había en ellas algo que, si las

mostraba, quedaría profanado. El joven opulento se presentó a examen a su debido tiempo y suspendió. Pero la suposición de que no se esperaba del examinando que fuera brillante a la primera quedó aparentemente reforzada por el hecho de que sus padres (condonando el fallo del cual, generosamente, hablaban lo menos posible, como si lo hubiera cometido Pemberton), pensando en evitar un segundo fracaso, le rogaron al joven profesor que siguiera ocupándose de su alumno un año más.

El joven profesor se hallaba ahora en condiciones de prestarle sesenta francos a la señora Moreen y le envió por giro postal aquella cantidad. A cambio de tal favor recibió una línea desesperada y presurosamente escrita: «Le suplico que vuelva sin la menor dilación. Morgan está muy enfermo». Los Moreen estaban en pleno choque emocional, una vez más en París (aunque Pemberton los había visto deprimidos muchas veces, nunca los había visto tan hundidos) y por consiguiente las comunicaciones se establecieron con rapidez. Le escribió al muchacho para verificar su estado de salud, pero su carta no obtuvo contestación. En consecuencia se despidió abruptamente del joven opulento y, tras cruzar el Canal de la Mancha, se presentó en el pequeño hotel cuya dirección le había dado la señora Moreen, y que estaba ubicado en el barrio de los Campos Elíseos. Pemberton experimentó un profundo, si bien tácito, resentimiento hacia dicha dama y los que la rodeaban: no podían resignarse a una honradez vulgar, pero sí podían vivir en hoteles, en *entresols* adornados con terciopelo, en medio del aroma que desprendían al quemarse las pastillas ambientadoras, en la ciudad más cara de Europa. Cuando los dejó en Venecia, lo hizo con la sospecha irreprimible de que iba a pasar algo; pero lo único que sucedió fue que se las arreglaron para irse de aquella ciudad.

-¿Cómo está? ¿Dónde está? -le preguntó a la señora Moreen.

Pero antes de que ella pudiera hablar, aquellas preguntas obtuvieron respuesta. Unos brazos cuyas mangas eran cortas de talla le rodearon el cuello; eran brazos perfectamente capaces de dar un curioso apretón, efusivo y juvenil.

-¡Muy enfermo! ¡Pues no lo parece! -exclamó el joven. Y, dirigiéndose a Morgan, le dijo-: ¿Se puede saber por qué no me has ahorrado esta preocupación? ¿por qué no contestaste mi carta? La señora Moreen afirmó que cuando le escribió su hijo se encontraba muy mal; al mismo tiempo Pemberton supo por el muchacho que éste había contestado todas las cartas que había recibido. Esto demostraba que la nota de Pemberton había sido

interceptada. La señora Moreen estaba preparada para cuando aquel hecho saliera a la luz, así como también lo estaba para muchas otras cosas, como Pemberton pudo comprobar. Sobre todo estaba preparada para sostener que había actuado movida por el sentido del deber y que estaba encantada de haberle hecho venir, dijeran lo que dijeran; de nada serviría que el preceptor fingiera no saber, en lo más íntimo de su ser, que en aquellos momentos su lugar estaba junto a Morgan. El les había arrebatado al chico y ahora no tenía derecho a abandonarlo. El se había creado gravísimas responsabilidades; cuando menos estaba en la obligación de cargar con las consecuencias de lo que había hecho.

-¿Que se lo he arrebatado? -exclamó Pemberton indignado.

-¡Lléveme con usted, se lo suplico! Que me arrebate es justamente lo que quiero. No puedo soportar esto, estas escenas. ¡Son gente falsa!

Estas palabras las dijo Morgan -interrumpido ya su abrazo- en un tono que hizo a Pemberton dirigir rápidamente la mirada hacia él, viendo que el muchacho había tomado asiento de repente, que respiraba con evidente dificultad y que estaba muy pálido.

-¿Y ahora qué? ¿Sigue diciendo que no está enfermo mi niño precioso? -gritó su madre, cayendo de rodillas ante Morgan con las manos entrelazadas, mas sin atreverse a tocarlo, como si de un ídolo de oro se tratara-. Se le pasará... es cosa de un instante nada más; ¡pero no diga esas cosas horribles!

-Estoy bien... estoy bien -le dijo Morgan a Pemberton, jadeando y mirándole son una sonrisa extraña, las manos apoyadas a ambos lados del sofá.

-¿Aún sigue pensando que soy una farsante, que le he mentido? -la señora Moreen se levantó y miró a Pemberton echando chispas por los ojos.

-¡No es él quien lo dice, soy yo! -replicó el muchacho, aparentemente más aliviado, aunque seguía hundido en el sofá, echado contra el respaldo; mientras, Pemberton, que se había sentado a su lado, le cogió de la mano y se inclinó sobre él.

-Hijo mío querido, hacemos lo que podemos; hay que tener en cuenta tantas cosas -alegó la señora Moreen-. Su sitio está aquí y nada más que aquí. Ahora tú también piensas eso.

-Sáqueme de aquí... sáqueme de aquí -prosiguió Morgan, sonriéndole a Pemberton con el rostro muy blanco.

-¿Dónde te voy a llevar y cómo? Oh, ¿cómo, querido muchacho? -dijo el joven con voz entrecortada, pensando en la descortesía con que sus amigos de Londres sostenían que

Pemberton los había abandonado por propia conveniencia y encima sin haberse comprometido a regresar inmediatamente; pensaba también en el justo resentimiento que a aquellas alturas ya les habría inducido a contratar un sucesor y en lo poco que le iba a ayudar a la hora de encontrar otro empleo el hecho incontrovertible de que no había logrado que su alumno aprobara.

-Oh, ya lo arreglaremos. Antes usted solía hablar de eso -dijo Morgan-. Con tal de que nos podamos ir, lo demás son sólo detalles.

-Hable de eso cuanto guste pero no sueñe ni con intentarlo. El señor Moreen nunca lo aceptaría... sería una cosa tan poco segura -le explicó a Pemberton su anfitriona. A continuación le explicó a Morgan lo siguiente-: Nuestra paz quedaría destruida y nuestros corazones destrozados. Ahora que ha regresado tu tutor todo volverá a ser como antes, tú dispondrás de tu vida, de tu trabajo y de tu libertad, y todos seremos tan felices como antes. Te pondrás fuerte y tendrás un desarrollo perfectamente normal, y nosotros no volveremos a hacer más experimentos estúpidos, ¿no es así? Son demasiado absurdos. El señor Pemberton está en el lugar que le corresponde: cada uno está en el lugar que le corresponde. Tú en el tuyo, tu papá en el suyo y yo en el mío... *n'est ce pas*, chéri? Todos nos olvidaremos de lo tontos que hemos sido y nos lo pasaremos maravillosamente bien. Continuó hablando, sin dejar de moverse confusamente por el salón, que era una estancia recargada, de dimensiones reducidas y abundantes colgaduras, mientras Pemberton seguía sentado junto al muchacho, que iba recuperando poco a poco el color. La señora Moreen entremezclaba diversas razones, dejando caer que se iban a producir cambios, que tal vez se dispersaran sus otros hijos («¿Quién sabe? Paula tiene sus propias ideas») y en ese caso ya podían imaginarse lo mucho que necesitarían los pobres padres del nido a su pajarillo. Morgan miró a su preceptor, que no le permitió moverse; Pemberton sabía con exactitud qué sentimientos se despertaron en el interior del chico cuando oyó que le llamaban pajarillo. Morgan admitió haber tenido un par de días malos pero renovó sus protestas contra la ingenuidad demostrada por su madre al apoyarse en aquello para suplicarle al pobre Pemberton que volviera. El pobre Pemberton ahora tuvo motivos para reírse, aparte de lo cómica que resultaba la señora Moreen, desplegando tanta filosofía para defenderse (parecía que la obtenía de tanto agitar las faldas, con las que se tropezaba contra los

asientos dorados), pues no le parecía que el muchacho enfermo estuviera muy en condiciones de rechazar ninguna ayuda. En todo caso él iba a prestársela.

Debía volver a ocuparse de Morgan indefinidamente; aunque también se daba cuenta de que el chico tenía su propia teoría, que sacaría a relucir con el fin de atajar las intenciones de Pemberton. Este se lo agradecía de antemano; pero la conducta que se proponía seguir no le ahorraba un cierto desfallecimiento de ánimo, como tampoco le impedía aceptar las perspectivas del futuro que se le presentaba, aunque creía que las aceptaría aún de mejor grado si le fuera posible cenar algo. La señora Moreen dio más pistas acerca de los cambios que cabía esperar, pero su persona era una mezcla tal de sonrisas y estremecimientos (confesó estar muy nerviosa) que Pemberton no sabía bien si es que estaba de muy buen humor o le había dado un ataque de histeria. Si era cierto que la familia iba a disgregarse por fin ¿por qué no reconocía la necesidad de emplazar a Morgan en un bote salvavidas? La presunción de que aquello era lo que iba a ocurrir se veía reforzada merced al hecho de que la familia se hallara instalada en unos aposentos de lujo, en la capital del placer; en ningún otro sitio se establecería la familia ante la perspectiva de una desintegración. Además ¿no había mencionado ella que el señor Moreen y los demás se encontraban disfrutando en la ópera con el señor Granger? ¿no era por lo demás aquél precisamente el lugar donde había que buscarlos en vísperas de una crisis? Pemberton coligió que el señor Granger era un norteamericano rico que se encontraba disponible (una factura enorme con un pomposo membrete en la que aún no figuraba escrita ninguna compra); de modo que, probablemente, una de las «ideas» de Paula sería que aquella vez había logrado su objetivo, lo cual suponía en efecto un golpe sin precedentes a la cohesión familiar. Y si había llegado el fin de la cohesión ¿qué iba a ser del pobre Pemberton? Estaba lo bastante ligado a ellos como para verse a sí mismo -con gran alarma- convertido en un madero a la deriva, en caso de naufragio.

Fue Morgan quien le preguntó finalmente si no le habían encargado nada de cenar; eso fue más tarde estando sentado con él abajo, ante una cena tardía, en una habitación en penumbra donde abundaba la felpa de color verde recogida con cordones en presencia de un plato de bizcocho ornamental y una languidez notable por parte del camarero. La señora Moreen le había explicado a Pemberton que se habíian visto obligados a procurarle una habitación apartada de sus aposentos; y el consuelo que le ofreció Morgan (se lo ofreció mientras Pemberton pensaba en lo repugnantes que son las salsas tibias) resultó ser en gran medida, que aquella circunstancia les facilitaría la huida. El muchacho hablaba de cuando

se escaparan (después volvería con frecuencia sobre ello) como si estuvieran urdiendo juntos una fuga propia de un libro juvenil. Pero al mismo tiempo afirmaba tener la sensación de que estaba pasando algo, que los Moreen no podrían aguantar durante mucho tiempo. En realidad, como habría de comprobar Pemberton, consiguieron aguantar por espacio de cinco o seis meses. No obstante, durante todo aquel tiempo, Morgan se esforzó por alegrarle el ánimo a su preceptor. El señor Moreen y Ulick, a quienes vio al día siguiente de su llegada, aceptaron su regreso como perfectos hombres de mundo. Aunque Paula y Amy le dieron a aquel hecho un tratamiento menos formal todavía, es preciso ser indulgente con ellas, teniendo en cuenta que el señor Granger no se había presentado en la ópera después de todo. Se limitó a poner su palco a disposición de sus invitados, obsequiando a cada miembro del grupo con un ramo de flores; el señor Moreen y Ulick también tuvieron cada uno el suyo, lo cual hizo que resultara más amargo pensar en su liberalidad.

-Son todos iguales -fue el comentario de Morgan-; en el último momento, cuando ya nos creemos que los tenemos atrapados, nos dejan plantados.

Aquellos días los comentarios de Morgan eran cada vez más libres; en algunos manifestaba estar muy agradecido por la ternura extraordinaria con que le habían tratado cuando Pemberton se encontraba lejos. Oh, sí, nunca era bastante lo que hacían por ser agradables con él, por demostrarle que lo tenían presente en su ánimo y por tratar de compensarle de la pérdida que había sufrido. Aquello era precisamente lo que hacía de todo el asunto algo tan triste y lo que a Morgan le hacía alegrarse tanto, a fin de cuentas, de que Pemberton hubiera regresado; ahora tenía que estar menos pendiente del afecto de sus familiares y era menor la sensación de estar en deuda con ellos. A Pemberton esta última razón le hizo reírse abiertamente, por lo que Morgan enrojeció y dijo:

-Ya sabe a qué me refiero.

Pemberton sabía perfectamente a qué se refería; pero había muchas cosas que seguían sin aclararse. El episodio de su segunda estancia en París se prolongaba tediosamente; se reanudaron las lecturas, los paseos y los vagabundeos, las incursiones por los *quais*, las visitas a los museos, el ir de vez en cuando a pasar el tiempo al Palais Royal, cuando empezaban a asomar los primeros rigores del frío y era reconfonante sentir las emanaciones de la calefacción, disfrutando ante el magnífico ventanal del Presbiterio. Morgan quería

saber muchas cosas del joven opulento; estaba muy interesado en él. Algunos de los detalles de su opulencia -Pemberton no podía ahorrarle ninguno- evidentemente acentuaban el agradecimiento que sentía el muchacho

por todo a lo que había renunciado su amigo para volver junto a él; además de la mayor reciprocidad que se establecía por causa de tanta renuncia, Morgan siempre le estaba dando vueltas a su teoría, que además estaba impregnada de una alegría frívola, y según la cual el largo período de prueba por el que estaban pasando se estaba acercando a su fin. La convicción de Morgan según la cual los Moreen no podían seguir así mucho más tiempo era pareja al ímpetu inagotable con que, mes tras mes y pese a todo, seguían adelante. Tres semanas después de que Pemberton hubiera vuelto con ellos se trasladaron a otro hotel, más sórdido que el primero; pero Morgan se alegró de que al menos su tutor no tuviera aún que verse privado de la ventaja de tener una habitación en otra parte. El muchacho seguía aferrándose a la novelesca utilidad que les repondría tal circunstancia cuando llegara el día, o mejor dicho, la noche de su huida.

Por vez primera en el proceso de aquella complicada relación, Pemberton se sentía molesto y exasperado. Era, como le había dicho en Venecia a la señora Moreen, *trop fort*... todo era *trop fort*. En realidad no podía ni deshacerse de aquella carga frustrante ni hallar en ella el beneficio de una conciencia apaciguada o de un afecto recompensado. Se había gastado todo el dinero que había ganado en Inglaterra, y por otra parte sentía que se le estaba acabando la juventud y que no estaba recibiendo nada a cambio de ello. Estaba muy bien que Morgan al parecer considerase que le recompensaría por todos los inconvenientes padecidos uniendo para siempre su suerte a la de Pemberton, pero aquella perspectiva presentaba un fallo irritante. El se daba cuenta de lo que el muchacho planeaba; pensaba que como su amigo había tenido la generosidad de regresar junto a él, estaba en la obligación de demostrarle su agradecimiento, entregándole su vida. Pero su pobre amigo no quería aquella ofrenda. ¿Qué podría hacer él con la vida de Morgan? Por supuesto, a la vez que se sentía irritado, Pemberton conocía la causa de su irritación, la cual era muy honrosa para Morgan y consistía sencillamente en el hecho de que éste a fin de cuentas no era más que un niño. Si se le trataba conforme a un supuesto diferente, las desgracias que le acontecieran a uno eran culpa de uno. Así pues, Pemberton esperaba, en medio de una extraña confusión de anhelo y alarma, que se produjera la catástrofe que supuestamente se cernía sobre la casa de los Moreen y cuyos síntomas, sin duda alguna, sentía a veces que le rozaban la mejilla, haciéndole preguntarse con insistencia qué forma adoptaría.

Tal vez adoptara la forma de una desbandada, un aterrado *sauve qui peut*, una huida hacia posiciones egoístas. Ciertamente, los miembros de la familia mostraban menos elasticidad que antaño; era evidente que estaban buscando algo y que no lo encontraban. Los Dorrington no habían vuelto a hacer acto de presencia, los príncipes se habían esfumado: ¿no era aquello el principio del fin? La señora Moreen había abandonado su costumbre de llevar la cuenta de los famosos «días»; su calendario social era confuso: estaba vuelto de cara a la pared. Pemberton sospechaba que el desconcierto había empezado a revestir grandes y crueles proporciones merced al comportamiento extraordinario del señor Granger, que parecía no saber lo que quería o -lo que era mucho peor- lo que *ellos* querían. Seguía mandando flores, como para cubrir el camino por el que se retiraba, que no era jamás el camino de regreso. Las flores estaban muy bien, pero... (Pemberton sabría acabar esta frase). Ahora, después de mucho andar, una cosa quedaba perfectamente clara: los Moreen eran un fracaso. El joven casi se sentía agradecido porque no hubiera sido poco lo andado. En efecto, el señor Moreen aún era capaz de arreglárselas para irse de negocios y, lo que era más sorprendente, también se las arreglaba para volver... Ulick ya no penenecía a ningún club, pero eso habría sido imposible deducirlo por su aspecto, que seguía siendo en la misma medida que siempre el de una persona que contempla el espectáculo de la vida desde los ventanales de una institución como la referida; por consiguiente fue doble el asombro que experimentó Pemberton cuando oyó la respuesta que dio Ulick a su madre, dicha en ua tono desesperado propio de un hombre acostumbrado a las mayores privaciones. La pregunta de la madre, Pemberton no la captó bien; al parecer le consultaba si se le ocurría quién podría llevarse a Amy. «¡Que se la lleve el diablo!» le espetó Ulick. De modo que Pemberton se dio cuenta no sólo de que habían perdido la afabilidad, sino también de que habían dejado de creer en sí mismos. Igualmente se dio cuenta de que el hecho de que la señora Moreen estuviera intentando que la gente se llevara a sus hijos podía interpretarse como que estaba cerrando las escotillas ante la proximidad de la tormenta. Pero Morgan sería el último de quien se separaría.

Una tarde de invierno -era domingo- Pemberton y el muchacho se adentraron mucho en el Bois de Boulogne. Hacía una tarde tan espléndida, eran tan claras las frías tonalidades de color limón del ocaso, era tan entretenido observar la afluencia de vehículos y paseantes, tan grande la fascinación que ejercía París, que emprendieron la vuelta más tarde de lo

normal, dándose cuenta de que tendrían que darse prisa si querían llegar a tiempo para la cena. Así pues emprendieron el regreso apresuradamente, cogidos del brazo, de buen humor y con apetito, conviniendo que no había nada como París después de todo y que después de todo (una vez más) lo que habían ido y venido todavía no estaban hastiados de placeres inocentes. Cuando llegaron a tiempo al hotel

descubrieron que aunque era escandalosamente tarde llegaban a tiempo para cuanta cena había probabilidades de que les sirvieran. En los aposentos de los Moreen (que esta vez eran bastante lamentables, siendo los mejores del hotel) reinaba el caos y el servicio de mesa había sufrido una interrupción (los objetos estaban desplazados, casi como si hubiera habido una pelea, y había una gran mancha de vino junto a una botella volcada). Pemberton no pudo permanecer ciego ante la evidencia de que había tenido lugar una escena de rebelión protagonizada por los propietarios. Había estallado la tormenta; todos buscaban refugio. Las escotillas estaban cerradas; no se veía a Paula ni a Amy por ninguna parte (jamás habían intentado, ni remotamente, ejercer sus artes sobre Pemberton, pero éste comprendía que lo tuvieran lo suficientemente en cuenta como para no desear que las viera en el papel de señoritas a las que les habían confiscado sus vestidos); y en cuanto a Ulick, parecía que hubiera saltado por la borda. En una palabra, el hostelero y el personal a su servicio habían dejado de marchar al paso de sus huéspedes, y la atmósfera que rodeaba aquella suspensión embarazosa, merced a los baúles entreabiertos que se amontonaban en el pasillo, se fundía con el ambiente de indignación que rodeaba la retirada.

Cuando Morgan captó todo aquello (y lo captó con gran rapidez) enrojeció hasta la raíz del pelo. Llevaba caminando entre peligros y dificultades desde la infancia pero jamás había visto la situación públicamente expuesta. Al dirigirle una segunda mirada, Pemberton advirtió que tenía lágrimas en los ojos y que eran lágrimas de amarga vergüenza. Por un instante se preguntó pensando en el muchacho, si le resultaría posible fingir que no comprendía lo que pasaba. Imposible, comprendió cuando el señor y la señora Moreen (que se hallaban en su salón exiguo y deshonrado, junto a la chimenea apagada, sin haber cenado, aparentemente sumidos en hondas cavilaciones, tratando de ver qué capital activo figuraba a continuación en su lista) se pusieron en pie al verle. No se les veía abatidos, pero estaban muy pálidos y era evidente que la señora Moreen había estado llorando. No obstante, Pemberton comprendió enseguida que la causa de su dolor no era la pérdida de la cena, aunque era cierto que ésta siempre le proporcionaba un gran placer, sino que obedecía a una necesidad mucho más trágica. Sin pérdida de tiempo expuso en qué consistía aquella necesidad, diciéndole a Pemberton que había sobrevenido el cambio; había caído un rayo y ahora todos tendrían que buscar soluciones. En consecuencia, por muy cruel que les resultara separarse de su querido hijo, la señora Moreen se veía obligada a recurrir al tutor,

pidiéndole que, durante un breve periodo de tiempo más, siguiera ejerciendo la influencia que afortunadamente había logrado tener sobre el chico... pidiéndole que convenciera a su joven pupilo de que le siguiera a algún modesto rincón. En una palabra, contaban con que acogiera temporalmente a su maravilloso hijo bajo su protección; eso le dejaría al señor Moreen, y a ella misma, un margen mucho mayor para concederle al reajuste de sus asuntos la atención necesaria (demasiado poca, ¡ay! les habían concedido ellos).

-Confiamos en usted ,.. nuestros sentimientos nos dicen que podemos hacerlo -dijo la señora Moreen, frotándose con lentitud sus manos blancas y gordezuelas, mientras miraba fija y compungidamente a Morgan, cuya barbilla, no osando tomarse libertades, acariciaba su marido con un índice paternal y dubitativo.

-Oh, sí; nuestros sentimientos nos dicen que podemos hacerlo. Confiamos plenamente en el señor Pemberton, Morgan -concedió el señor Moreen.

Pemberton se preguntó de nuevo si le resultaría posible fingir que no entendía; pero aquella idea se complicó dolorosamente, pues al punto se dio cuenta de que Morgan sí había entendido.

-¿Quieres decir que puedo irme a vivir con él? ¿Para siempre jamás? -exclamó el muchacho-. ¿Lejos, lejos, donde él quiera?

-¿Para siempre jamás? *Comme vous-y-allez!* -rió indulgentemente el señor Moreen-. Mientras el señor Pemberton tenga la bondad.

-Hemos luchado, hemos sufrido -prosiguió su esposa-; pero usted se ha adueñado de él de tal modo que ya hemos pasado lo peor del sacrificio.

Morgan había apartado la vista de su padre; estaba mirando a Pemberton coa el rostro iluminado. Había desaparecido el sonrojo, pero en su lugar surgió algo más vívido y luminoso. Tuvo un momento de alegría infantil, apenas mitigada por la consideración de que, al verse sus esperanzas consagradas de un modo tan inesperado (demasiado repentino, demasiado violento; la cosa resultaba menos propia de un libro juvenil), la «huida» quedaba en manos suyas y de Pemberton. La alegría infantil duró un instante, y Pemberton casi tuvo miedo ante aquella revelación de afecto y gratitud que fulguraba en medio de la humillación del muchacho. Cuando Morgan balbució «¿Qué dice usted a eso?» Pemberton se dio cuenta de que debería mostrar entusiasmo. Pero el miedo que éste último sentía se

acentuó por causa de otra cosa que sucedió inmediatamente después y que obligó al chico a sentarse rápidamente en la silla que tenía más cerca.

Morgan estaba muy pálido y se había llevado una mano al lado izquierdo del pecho. Los tres lo miraban pero fue la señora Moreen la primera en inclinarse hacia delante.

-¡Ah, su corazoncito querido! -exclamó; y esta vez, arrodillada ante él, sin respetar al ídolo, lo cogió ardientemente entre sus brazos-. ¡Le ha hecho andar mucho, le ha obligado a ir muy deprisa! -le espetó a Pemberton por encima del hombro. El muchacho no hizo ningún ademán de protesta y un instante después, su madre, que todavía lo tenía entre sus brazos, se levantó de un salto y, con la cara convulsionada, empezó a gritar de un modo horrible-: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Se muere! ¡Se ha muerto!

Pemberton comprendió con idéntico horror, por el rostro crispado del niño, que efectivamente estaba muerto. Lo cogió, intentando arrancárselo a su madre de las manos y durante un momento, mientras los dos lo sujetaban, se miraron a los ojos, presas del desconsuelo.

-Con la enfermedad no ha podido soportarlo -dijo Pemberton-; ha sido el golpe, toda la escena, la emoción tan violenta.

-¡Pero yo pensaba que él quería irse con usted! -gimoteó la señora Moreen.

-Ya te dije yo que no, querida -argumentó el señor Moreen. Todo su cuerpo temblaba y, a su manera, estaba tan profundamente afectado como su esposa. Pero, pasado el primer momento, aceptó su dolor como corresponde a un hombre de mundo.